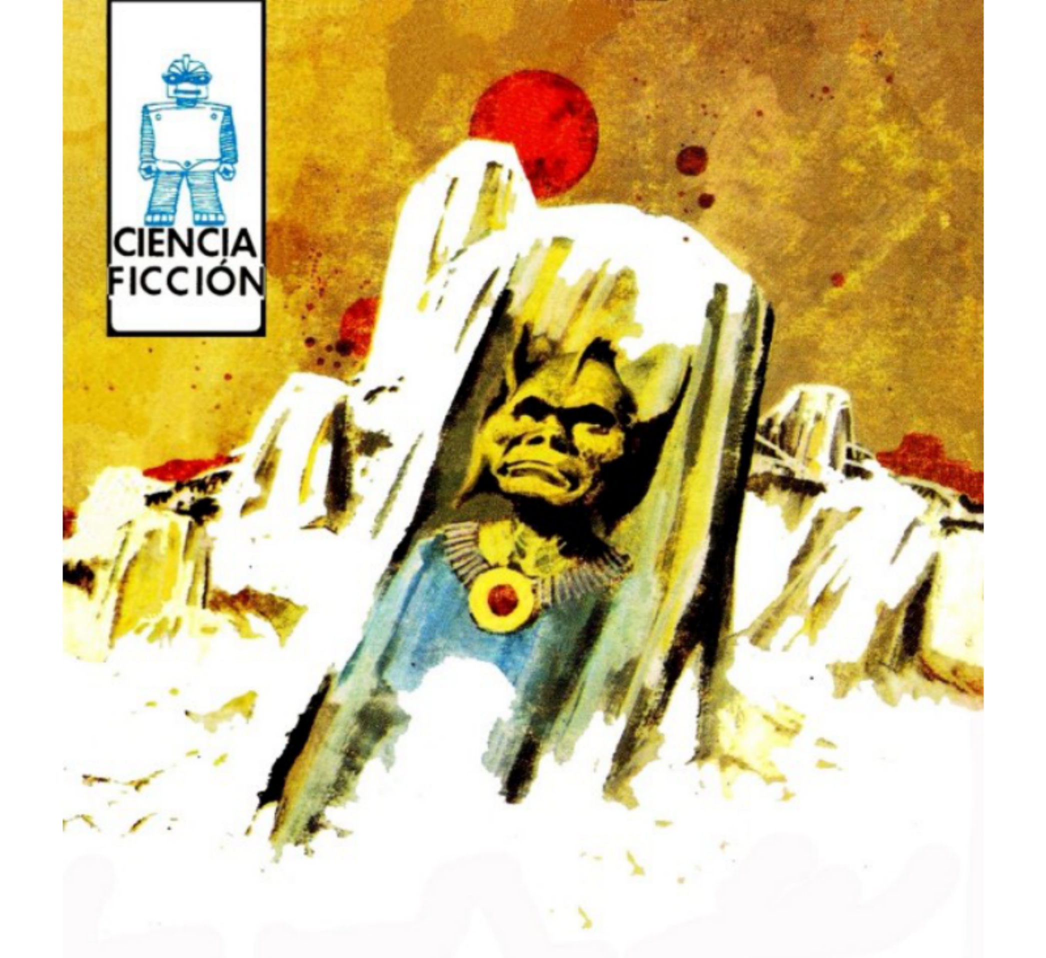


LOS TRES JUSTICIEROS DE MARTE

LOUIS G. MILK

Los tres justicieros de Marte

LOUIS G. MILK

Los tres justicieros de Marte

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 33.394-1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres hombres, más que sentados, estaban reclinados en mullidos divanes, situados a la fresca sombra de mía pérgola de forma semicircular, en cuyo centro había un murmurante surtidor de frescas aguas. Eran jóvenes y bien parecidos, y su conversación parecía más bien negligente, aunque amena.

Por encima del alto vallado que cercaba la propiedad, se divisaban a lo lejos las nevadas cumbres de la cordillera U.N., que destacaban contra un cielo dé un azul muy intenso, casi violado. Al pie de la cordillera se extendían los grandes Llanos de Nobel.

Los tres hombres vestían de manera similar, si bien sus ropas tenían colores distintos. Consistían en unas túnicas de tejido muy liviano, aunque no transparente del todo. La temperatura allí era sumamente agradable.

Las túnicas tenían colores muy suaves, casi tornasolados. La de Kehlar era roja; azul, la de Sittus, y amarilloverdosa, la de Eccai.

Cada uno de ellos mostraba en el anular izquierdo un anillo de grueso sello. No era un signo de ostentación, aunque así lo pareciera por la calidad de la joya. El anillo, en realidad, era una perfectísima emisora-receptora de radio que, con las debidas conexiones a una pantalla, podía transformarse igualmente en emisora-receptora de televisión.

Se veía una mesita ricamente adornada, con delicados vinos y sabrosos productos de repostería. Además, había un gran frutero que parecía de cristal verde tallado, pero que realmente procedía de una gigantesca esmeralda. Estaba repleto de frutos exóticos, desde naranjas de los jardines KTar hasta uvas de los viñedos de Larhmore.

Los tres hombres se parecían muchísimo en lo físico, aunque sus facciones fueran distintas. Tenían el pelo negro, la tez tostada y los ojos oscuros. Parecían muy guapos, pero en modo alguno daban la sensación de afeminamiento.

—Estamos aburridos — dijo Kehlar de pronto, ahogando cortésmente un importuno bostezo.

—Sí — convino Sittus, alargando la mano para tomar un grano de uva.

—Hace tiempo que no encontramos un caso que atraiga nuestro interés — manifestó Eccai, mientras estudiaba críticamente el contenido rojo de una copa de finísimo cristal tallado.

—Bien, la verdad es que continuamente se nos presentan casos, pero los desechamos todos — dijo Kehlar—. Lo cierto es que ninguno merece nuestra atención y ello ocurre por las características peculiares de los solicitantes.

—Se trata de personas que pueden arreglárselas por sí mismas — habló Sittus—. En tal caso, nuestra intervención resulta innecesaria.

—La computadora se muestra perezosa en los últimos tiempos. ¿Tendremos que estimularla? — sugirió Eccai.

—Podríamos estimularla para que nos indicase el tipo de esposa que nos conviene, ¿verdad? — murmuró Kehlar con una suave risita.

—¡Casarme! ¡Horror! — se estremeció Sittus —. Tener que depender de una mujer...

—Si el marido es un poco hábil, será ella quien dependa de él — alegó Eccai.

—Lo cierto es que el tiempo pasa — dijo Kehlar, frunciendo el ceño—. Y no es porque quiera molestaros citando ese viejo refrán terrestre de escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo, sino porque pienso que ya es hora de que tengamos descendencia.

—Críos llorones y molestos — gruñó Eccai—. Noches en vela, falsas alarmas con intempestivas llamadas al médico... ¡Br...! Ese panorama me pone los pelos de punta.

—Tus padres pasaron por él — rió Kehlar.

—Sí, pero yo...

—Dime, Eccai, ¿no te gustaría poder retirarte un día y que tu hijo se hiciera cargo de... del negocio? — preguntó Sittus.

—También podría retirarme ahora.

—Pero no lo haces.

Eccai suspiró.

—No podría, mientras vosotros decidáis seguir adelante. Estoy demasiado unido a la sociedad para quebrantarla por mi parte.

—Es probable que algún día llegue a suceder, si bien de un modo amistoso — opinó Kehlar.

—¿Cuándo? — inquirió Sittus.

—Cuando nos casemos, claro.

—Bueno, bueno — refunfuñó Eccai—, si eso ocurre, las mujeres en casa, y nosotros, al trabajo.

Kehlar soltó una risita.

—Eccai, ¿de veras piensas que esto es «trabajo»?

—preguntó.

—Bueno, estamos en período de espera. Disfrutamos de un bien

ganado descanso después de haber solucionado el último caso.

—El último caso, si mal no recuerdo — dijo Sittus con ligera burla—, fue solucionado mediante una docena de golpes a otras tantas teclas de la computadora. No irás a decirme que luego tuviste que darte masaje en la mano.

Eccai sonrió.

—No, desde luego, aunque sí hay una cosa que me extraña — repuso.

—¿Cuál es? — preguntó Sittus.

—Los casos que resolvemos. Siempre se trata de terrestres en apuros; nunca de marcianos.

—Nuestros paisanos están acostumbrados a solucionar por sí mismos sus problemas — dijo Kehlar—. En cambio, los terrestres, tan ufanos, tan orgullosos, tan fanfarrones, son como chiquillos, a los que hay que conducir de la mano para que no se despeñen en algún abismo de medio palmo de profundidad.

Los otros dos rieron levemente.

—Una definición muy acertada — calificó Sittus

—Pero el caso que, no tenemos un mal problema que llevarnos a la computadora — se lamentó Eccai.

—O la computadora no quiere traernos ese caso — arguyó Kehlar.

—De todas formas...

Sittus no pudo continuar. Un hombre entró en la pérgola e hizo tres profundas reverencias.

—Majestades... — dijo con voz insegura.

—Federico — Kehlar habló en tono grave —, te tenemos dicho que no somos reyes ni nada parecido y que las reverencias sobran. ¿Está claro? No tienes por qué damos ningún tratamiento especial; sólo el nombre y de tú.

—Sí, Maj... señor... Bien, sí, Kehlar...

Sittus movió la cabeza.

—El pobre no ha podido acostumbrarse todavía a su nuevo empleo — comentó—. Federico, ¿estás contento con tu empleo? — consultó.

—Sí, Excelenc... digo, sí, Sittus; mi esposa y yo estamos sumamente satisfechos de servir a sus Majest... digo, a vosotros...

—¡Ay, ay, ay! — exclamó Eccai —. Federico, si no te corriges, te impondré un durísimo castigo.

Los ojos del servidor se llenaron de temor. Riendo, Eccai agregó:

—El castigo consistiría en escribir quinientas veces: «Debo tratar siempre a «Los Tres Justicieros de Marte» por su nombre y de tú.»

Federico sonrió satisfecho.

—Lo tendré en cuenta — respondió —. Y ahora, por favor, es la hora de la computadora.

Kehlar se puso en pie y señaló con la mano hacia la salida de la pérgola:

—La computadora está servida, amigos míos — dijo con fingida pomposidad.

* * *

Los tres amigos estaban ahora sentados en cómodos divanes, frente a una gran pantalla de televisión. Cada uno de ellos tenía ante sí una prolongación del brazo derecho de su sillón, que no era sino una pequeña consola de mando y control de la computadora que no aparecía a la vista en la estancia.

En la pantalla aparecieron escritas una serie de frases. Kehlar consultó con sus amigos.

—¿Qué os parece?

—Negativo — dijo Sittus—. La petición es improcedente.

—Hombre, hasta ahí podíamos llegar — protestó Eccai, que era el gruñón del trío—. Pedimos ayuda para solucionar una herencia... Como si no hubiera abogados en la Tierra.

—El caso era un poco enrevesado, pero, en fin, acato vuestra decisión — manifestó Kehlar —. Pasemos al siguiente.

Fueron examinadas tres o cuatro peticiones más y sopesados sus antecedentes con todo detenimiento. Pero todas fueron denegadas.

De repente, chispeó en la pantalla una luz verde, de forma circular.

—Un mensaje de la Tierra—dijo Eccai.

—¿Será interesante? — exclamó Sittus.

—Veámoslo — dijo Kehlar, a la vez que apretaba un botón.

El mensaje apareció escrito en la pantalla, con grandes caracteres, de fácil lectura:

Kit Sturdevant está haciendo gran campaña en contra «Tres Justicieros Marte». Ignoro motivos ataques, aunque presumo fondo político. Incluyo detallado historial sujeto. Solicito instrucciones al respecto. CF-800.

—Buen agente CF-800 — calificó Sittus—. Veamos los antecedentes de ese pájaro.

Durante un buen rato, los tres amigos permanecieron en silencio, estudiando los antecedentes de Kit Sturdevant. Al cabo,

Kehlar dijo:

—Propongo una orden a CF-800 para que actúe según plan E-2. Yo no haría nada, puesto que acepto la crítica de nuestros actos. Sin embargo, los motivos de Sturdevant, visto su historial, no tienen, a mi entender, un origen demasiado claro.

—Se acepta la propuesta — contestaron Sittus y Eccai al unísono.

—Entonces, enviaremos un despacho a CF-800 para que actúe según el plan E-2.

Kehlar tecleó algo en la consola. Luego dijo:

—Continuemos el examen de las peticiones.

La pantalla siguió pasando mensajes. De pronto, apareció uno que llamó la atención de los tres amigos.

—Repítelo — pidió Eccai, una vez hubo leído el mensaje.

Kehlar accedió sin remilgos. Sittus se inclinó hacia delante, concentrándose en la lectura del mensaje.

Al terminar éste por segunda vez, Sittus dijo:

—Es un asunto interesante. Opino que debemos acceder a la petición.

—¿Personalmente? — inquirió Eccai.

—Por supuesto.

Kehlar dudó un segundo.

—Por mí no hay objeción — dijo al cabo.

—Entonces, ¿cuándo empezamos? — consultó Sittus.

—El caso parece tener cierta urgencia — respondió Eccai.

—No se hable más — decidió Kehlar finalmente —. Que Federico prepare nuestros equipajes. Partiremos lo antes posible.

CAPÍTULO II

El orondo, aunque no muy grueso Kit Sturdevant, peroraba ante un grupo de sus incondicionales, que le escuchaban sumidos en un religioso silencio:

—Y yo os digo que la acción de esos mal llamados «Tres Justicieros de Marte» debe cesar inmediatamente. ¿Quiénes son ellos para aplicar justicia fuera de la que administran los tribunales? ¿Cómo se permite que influyan tan descaradamente en las decisiones del gobierno de Marte, decisiones que perjudican, casi siempre, a los terrestres allí establecidos, en beneficio de los nativos?

»Aquí, en la Tierra, hay oriundos de Marte, con los que no se hace la menor distinción. En la Tierra todos somos iguales ante la ley. ¿Por qué, pues, no sucede lo mismo en Marte? Yo os lo diré, amigos míos, yo os lo diré.

Sturdevant hizo una pausa. Su amplio pecho se hinchó poderosamente.

Era un hombre recio, de elevada estatura y tez sanguínea, con pelo que ya clareaba en lo alto de la cabeza y mirada astuta. Poseía una hábil retórica y sabía utilizar adecuadamente los trucos y latiguillos del orador político, conmoviendo, aunque fustigase, a su auditorio, en los momentos que él estimaba adecuados.

—Sí, yo os lo diré — continuó Sturdevant—. A fin de cuentas, bajo la capa de su pretendida generosidad, los marcianos no son sino unos xenófobos furibundos, que detestan al extranjero a muerte, aunque lo disimulen. «Los Tres Justicieros de Marte» son el exponente más genuino de esa xenofobia y, dado el enorme prestigio de que gozan allí, sus decisiones, más que consejos, influyen poderosamente en el gobierno de Marte.

»En contra de los terrestres y a favor de los marcianos, repito. Porque, vamos a ver, aquí mismo, hoy día, hay un ministro marciano. ¿Hay un ministro terrestre en el gobierno marciano, a pesar de que las dos poblaciones, autóctona y extranjera, son análogas en número?

Sonó una estruendosa ovación. El público, compuesto exclusivamente por terrestres, se partía las manos aplaudiendo.

Sturdevant, congestionado, satisfecho, elevó los brazos para reclamar silencio.

—Gracias, amigos, gracias — dijo con voz conmovida—. Veo que vuestras opiniones coinciden con las mías. Mis propósitos al dar

esta conferencia son absolutamente honestos, desprovistos de interés personal alguno. Sólo quiero que se remedie un estado de injusticia del que, paradójicamente, son autores los mal llamados «Tres Justicieros de Marte». Y os prometo luchar siempre por la verdad, la justicia y la honestidad, como verídicos, justos y honestos han sido siempre mis actos...

Sturdevant se estremeció de pronto. Fue una cosa apenas perceptible, que le hizo interrumpirse durante una brevísima fracción de tiempo.

Luego prosiguió:

—Sí, verídicos, justos y honestos han sido siempre mis actos, como en aquella ocasión de la quiebra de la Caja de Ahorros para Viudas y Huérfanos, en que dejé sin su dinero a todos los que confiaron en mí; y como cuando saqué a relucir aquel momento de debilidad del candidato a gobernador de la Zona Oriental, cargo que me llevé yo merced al chantaje; y el asunto del misterioso asesinato de Piotr Tzolinin, en el que, si bien no intervine, lo sabía de antemano y no hice nada para evitarlo, porque su muerte me beneficiaba políticamente...

El auditorio estaba con la boca abierta. Los incondicionales de Sturdevant se sentían horrorizados.

¿Cómo era posible que el eminente político confesase públicamente todas sus trapacerías? Aquello podía presentar su ruina.

—¿Y qué decir del caso de la emisión de acciones de la Minera Interespacial, para explotar los filones de cromo y vanadio del grupo 70 de asteroides? No había tales asteroides ni cromo ni vanadio, ni cosa que se le pareciera, y las acciones, cuando se supo, bajaron verticalmente, pero yo ya me había embolsado una millonada...

De súbito, Sturdevant dejó de hablar.

Miró embobado a todos los lados. Acababa de darse cuenta de la enormidad del desliz cometido.

Se pasó una mano por la frente.

—Yo... me siento muy mal... He trabajado mucho últimamente — declaró con voz débil.

Las piernas le flaquearon. Hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenido por algunos de sus íntimos, quienes, inmediatamente, dispusieron su traslado a un centro psiquiátrico.

Al decir de muchos, Sturdevant se había vuelto loco de remate.

El agente CF-800, al servicio de «Los Tres Justicieros de Marte», se alejó del lugar donde había tenido lugar el fracasado acto

político.

CF-800 no se sentía satisfecho.

—Creo que no ha sido una buena decisión — murmuró para sí —. A fin de cuentas, tienen una idiosincrasia marciana y no se les puede pedir que piensen por completo como un terrestre. Y mucho me temo que Sturdevant, en lugar de perder, salga ganando después de esto. Si no me equivoco, es un tipo capaz de dar la vuelta a la tortilla aun en las ocasiones más difíciles. Ya lo veremos, ya lo veremos...

CF-800 lanzó un profundo suspiro.

—Si al menos pudiera comunicarme personalmente con ellos —añadió—. Porque es el caso que trabajo para «Los Tres Justicieros de Marte», pero da la casualidad de que no me conocen, ni yo a ellos.

¿AUTOCONFESIÓN DE KIT STURDEVANT?

¿Eran ciertas las imputaciones que se le hicieron tiempo atrás?

Sorprendentes declaraciones de Kit Sturdevant, conocido político que ha desempeñado cargos de importancia en el Gobierno del Planeta.

¿Debemos creerle a él o a los tribunales que en su día le exculparon de los cargos que se le imputaban?

¿Es cierto que ha sufrido un fuerte «shock» psíquico debido al exceso de trabajo que le ha producido la campaña política?

Sturdevant leyó los titulares de los periódicos y luego los arrojó rabioso a un rincón de la estancia donde yacía en un lecho, «curándose» de la supuesta debilidad mental causada por un exceso de trabajo.

—¡Hay que hacer algo! —rugió—. Tenemos que contrarrestar el efecto negativo de mis estúpidas declaraciones o nos hundiremos todos. ¿Lo oís? Todos, todos... porque si yo me voy a pique, vosotros me seguiréis inmediatamente. Yo no quiero que fracasen mis planes por culpa de...

Sturdevant se detuvo, jadeante y sudoroso. Los miembros de su estado mayor político le contemplaban con ansiedad.

—El mejor plan, el mejor plan — dijo, cuando hubo recobrado el aliento—. Era, es, sigue siendo, una magnífica idea para obtener beneficios incalculables .y todo se ha ido al cuerno por culpa de... ¿Es que no os lo imagináis, imbéciles?

—«Los Tres Justicieros de Marte» — dijo Ted Shaff, uno de los más señalados ayudantes políticos de Sturdevant.

—Sí, ellos mismos. Incluyeron de algún modo sobre mi mente, y

eso me hizo decir semejantes disparates. ¡Mi carrera y vuestro bolsillo están en peligro! ¿Es que no se os ocurre nada?

Jarrod Simón alzó una mano.

—Su discurso era una verdadera diatriba contra «Los Tres Justicieros de Marte», ¿no es cierto, jefe?

—Con esa intención lo pronuncié — gruñó Sturdevant.

—Bueno, en tal caso, hablaré con el director del «Estrella Blanca». Le admira, jefe — manifestó Simón.

—¿Y...?

Simón expuso su plan. Sturdevant le contempló maravillado.

—Oye, ¿sabes que has tenido una idea excelente? Creo que a mí no se me hubiera ocurrido, palabra

—exclamó—. Pero ¿dará resultado?

—Todo consiste en gastarse un poco de dinero

—contestó Simón, a la vez que hacía un gesto significativo con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—Eso no me preocupa. Gastaré todo el que sea necesario. Ahora mismo te firmaré un cheque y... A propósito, ¿qué se sabe de Nancy Callahan?

—Ése no es problema, jefe — contestó Ted Shaff —. Steve Laird y Bick Monn se encargan de ella. Dentro de nada... — Shaff chasqueó los dedos—, tendrá usted lo que busca.

Sturdevant se estremeció.

—Espero que suceda así — dijo—, porque, de lo contrario, las barbaridades que dije en la reunión política serán nada comparado con lo que podría pasarme si esos dos tipos fracasan.

* * *

Nancy Callahan caminaba por la acera normal, desdeñando la móvil que se deslizaba suavemente a un paso de distancia.

Nancy necesitaba caminar. Era una forma como otra cualquiera de templar sus nervios, sumamente excitados en las últimas horas.

De cuando en cuando, volvía la cabeza y miraba hacia atrás, pues tenía la sensación de que era seguida.

Sin embargo, no conseguía identificar a sus seguidores. Pero no le cabía la menor duda de que había alguien que andaba tras sus pasos.

Nancy era una muchacha de veintitantos años, alta, espigada, de pelo castaño y ojos claros. Su vestimenta era muy simple: un pequeño peto de tela dorada y unos pantalones blancos, muy ajustados a las caderas y muslos y que terminaban a cinco centímetros de las rodillas. Pendiente del hombro izquierdo llevaba

un bolso de cuero falso, de color natural.

Nancy estaba preocupada. Había enviado un mensaje a las personas que, en su opinión, podían ayudarla, pero hasta el momento no había recibido respuesta alguna.

Era ya un poco tarde. Las calles estaban poco menos que desiertas. Bajo la superficie, los trenes subterráneos circulaban prácticamente vacíos. Apenas si se veían algunos viandantes en las aceras móviles.

Los establecimientos de diversión y recreo, en su inmensa mayoría, aparecían casi desiertos. A veces se veía en las alturas el intermitente destello anaranjado que anunciaba el paso de un vehículo aéreo de la policía.

De pronto, Nancy lanzó un suspiro de alivio. Ya estaba a cuatro pasos de su casa. Allí, opinó, se sentiría en seguridad.

Aceleró el ritmo de su marcha. Llegó ante la puerta y se dispuso a abrir.

Durante unos segundos, dio la espalda a la calle. De repente, una voz sonó tras ella:

—No tan de prisa, guapa — dijo un hombre—. Antes tenemos que hablar un poco y lo haremos mejor en este trasto que nos espera junto a la acera.

CAPÍTULO III

Nancy lanzó un gritito de susto y se volvió.

Había un hombre frente a ella, alto y fornido, que sonreía con burla. Tenía la cara cuadrada y debajo de su chaquetilla corta se adivinaba una poderosa musculatura. Bajo la mejilla izquierda mostraba una cicatriz de seis centímetros de longitud.

—¿Qué... qué es lo que desea usted? — preguntó.

La mano de Steve Laird se alargó hacia su brazo, de piel fina y suave.

—Ven, preciosa — dijo—. Éste no es el lugar ni el momento adecuado para charlar.

Nancy intentó resistirse. Por detrás de su captor, vio un aeromóvil estacionado junto a la acera. Había otro tipo muy parecido físicamente al primero, aguardando tras los mandos del vehículo.

Nancy fue atraída sin remedio hacia el borde de la acera. De pronto, cuando ya creía que tendría que seguirles un individuo apareció ante ellos dos.

—Hola — dijo el recién llegado, sonriendo agradablemente—. ¿Estorbo?

Laird dirigió una torva mirada al individuo.

—Estorba — contestó. Y añadió secamente —: Lárguese.

—Lo haré cuando haya soltado a la dama — dijo Kehlar.

La mano de Laird oprimió con más fuerza el brazo de Nancy.

—Bick, ayúdame — pidió.

Bick Monn saltó del coche.

—El amigo tiene ganas de gresca, ¿eh?—dijo sarcásticamente.

—Complácele, Bick — sonrió Laird.

—O.K., compadre.

Monn se llenó los pulmones de aire. Tomó impulso y disparó su puño derecho contra la mandíbula del intruso.

El golpe alcanzó un objetivo muy distinto: una mano extendida, situada en la trayectoria que seguía el puño. Kehlar hizo un ademán como si parase un objeto en movimiento. En realidad, así era.

Monn lanzó un aullido. Le pareció que había golpeado un muro de ladrillo.

Laird se quedó boquiabierto. El desconocido no se había tambaleado siquiera, lo que, teniendo en cuenta la potencia muscular de su compinche, resultaba algo muy notable.

—Vigila a la chica — gruñó—. Yo me encargaré de este tipo.

Kehlar sonreía.

—Adelante, muchacho — invitó.

Laird cargó con la cabeza gacha. Era un ataque irresistible; lo sabía por experiencia.

Pero su frente no encontró el blanco deseado. Laird continuó corriendo, merced al impulso adquirido.

Una mano se apoyó en su espalda, cuando todavía continuaba corriendo. A Laird le pareció que era impulsado por una catapulta.

Cayó al suelo y resbaló velozmente. Un chillido de dolor se escapó dé sus labios cuando sus ropas, a causa de la fricción, empezaron a humear.

Laird se deslizó todavía una veintena de metros. Cuando se detuvo, no sabía dónde estaba. Había perdido el conocimiento.

Monn estaba con la boca abierta por el asombro. Todavía tenía la mano derecha bajo la axila.

Dos poderosas manos lo alzaron en vilo. Monn se sintió invenciblemente empujado hacia su vehículo, en el que penetró a la fuerza.

Algo le rozó la nuca y perdió el sentido en el acto. Kehlar sonrió.

Nancy contemplaba la escena llena de estupefacción. Kehlar se volvió hacia ella.

—Aguarde un momento, señorita — rogó.

Se encaminó hacia el lugar donde yacía Laird y lo trasladó fácilmente a su vehículo, para depositarlo junto a Monn. Acto seguido, manipuló en los mandos y cerró la portezuela.

El aeromóvil se elevó haciendo eses. Kehlar sonrió.

—Supongo que la aeropolicía detendrá pronto a dos borrachos. Señorita Callahan, estoy a sus órdenes — añadió.

Nancy dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Me conoce? — exclamó.

—Si mal no recuerdo, usted nos envió un mensaje por medio de la agencia que tenemos en la Tierra — respondió el marciano. Y se presentó —: Soy Kehlar, uno de «Los Tres Justicieros de Marte».

* * *

—Es increíble — dijo Nancy—. Jamás soñé que llegaran a atender mi petición.

Kehlar sonrió.

—Tenemos una computadora que selecciona los casos de mayor necesidad — explicó—. Estimamos que el suyo era uno de ellos, señorita Callahan.

—Sí, desde luego, para mí es grave... Oh, perdón, todavía no le

he invitado a tomar nada, señor Kehlar.

—Por favor, nada de tratamientos. El nombre a secas es suficiente, Nancy.

—Sí, Kehlar.

Estaban en el apartamiento de la muchacha. Nancy se acercó a uno de los muros, donde se hallaba discretamente empotrada la dispensadora de alimentos y bebidas, y preguntó:

—¿Qué desea para beber, Kehlar?

—Una copa de vino, por favor.

—Sí, al momento.

Nancy formuló la petición, oprimiendo la tecla correspondiente. Esperó unos momentos.

Una pequeña pantalla se iluminó de pronto en uno de los lados de la computadora, con un mensaje escrito :

Agotada su cuenta corriente de alimentos y bebidas. Tiene usted un déficit de $.203.

—¡ Oh! — exclamó Nancy, roja hasta la raíz del cabello—. Lo siento, Kehlar... pero he agotado mis fondos por completo...

Kehlar sonrió comprensivamente.

—No se preocupe, yo arreglaré este pequeño asunto — dijo.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó billetes. Tras alisarlos ligeramente con la mano, se los entregó a la muchacha.

Nancy introdujo el dinero por una ranura y presionó un interruptor. Pasados unos segundos, se iluminó la pantalla de nuevo:

Saldo a su favor en su cuenta corriente: $ 41,91, puede utilizar de nuevo la dispensadora

Nancy se volvió hacia su visitante.

—Es demasiado. Con cinco habría tenido suficiente para una semana...

—Considérelo un obsequio, Nancy — dijo Kehlar sonriendo—. ¿Qué hay de esas dos copas de vino?

—Sí, ahora mismo.

Instantes después, Nancy entregaba una copa al marciano.

Kehlar probó el vino y chasqueó la lengua apreciativamente.

—Un Jerez excelente. Casi tan bueno como el vino de Dohr-I-Tai.

—Ustedes, los marcianos, también tienen su orgullo, ¿verdad?

—Es un sentimiento natural en todo ser humano — contestó

Kehlar —. Y ahora, ¿por qué no hablamos de su mensaje? ¿Qué es lo que le sucede?

Nancy lanzó un suspiro.

—Creo que ni yo misma lo sé… pero tengo la seguridad de que está relacionado con un tipo llamado Kit Sturdevant.

* * *

La joven dormía apaciblemente, con un brazo de mórbidos contornos fuera del embozo de las sábanas. Su frondosa cabellera rojiza se extendía como un abanico sobre la almohada.

De repente, Corina Brucker se estremeció. Sentóse en el lecho y se frotó los ojos. Luego miró asombrada a su alrededor.

La estancia se hallaba en la penumbra. Sin encender la luz, Corina apartó a un lado las ropas de cama y se sentó en el borde del lecho.

Metió los pies en unas chinelas y se puso una bata. Abandonó el dormitorio y caminó hacia un saloncito íntimo.

Había allí varios cuadros. Corina hizo girar uno de ellos y dejó al descubierto una caja fuerte, de la que sacó un grueso sobre.

Con el sobre en las manos, fue a la cocina y buscó una bolsa de plástico, que cerró herméticamente, una vez estuvo el sobre en su interior. A continuación abrió la puerta de la cocina y salió al jardín.

Corina dio la vuelta a la casa. Estuvo unos momentos fuera y luego regresó al interior.

Parecía una sonámbula y actuaba como tal. Se acercó al visófono y marcó un número.

La pantalla del aparato se iluminó casi en seguida. Un hermoso rostro de mujer apareció en el cuadrado de vidrio deslustrado.

—¿Dolores? — dijo Corina.

—Sí, yo misma — contestó la otra joven, de abundante cabellera negra—. ¿Qué quieres, Corina?

—La Tercera Gracia. ¿Has oído?

—Sí, Corina.

—Gracias, Dolores. Perdón por la molestia.

—De nada. Ha sido un placer, Corina. Buenas noches.

—Buenas noches, Dolores.

Corina cerró la comunicación y regresó a su dormitorio.

A los pocos momentos, dormía apaciblemente, como si nada hubiera sucedido.

¿TENÍA RAZÓN STURDEVANT?

La tiene, indiscutiblemente. Lo que dijo en el transcurso de su reunión política no fue pronunciado por su voluntad, sino que una potencia extraña se posesionó de su mente, obligándole a hacer declaraciones sobre ciertos hechos, antiguas calumnias de sus detractores, que ya fueron juzgadas y sentenciadas favorablemente por los tribunales.

¿Cómo se concibe que un hombre como Sturdevant sea capaz de pronunciar semejantes disparates? Sólo hay una explicación para ello y ya la hemos dado más arriba.

Ahora bien, ¿quién fue el autor de tan indignante hecho? La respuesta es sólo una «Los Tres Justicieros de Marte», cuyas notorias inclinaciones xenófobas son sobradamente conocidas de todos. Y su poderío mental, también.

¡Que lo usen en Marte, pero no en la Tierra!

Después de lo sucedido, ¿qué puede uno sino pedir al gobierno terrestre que cancele la licencia para actuar como investigadores privados en nuestro planeta de esos indeseables sujetos, que no vacilan, para conseguir sus turbios fines, en invadir el sagrado reducto de la mente humana?

—¡Bravo! — exclamó Sturdevant—. ¡Así se escribe !

Sturdevant estaba más que satisfecho.

—Es un buen artículo, ¡ qué caramba! — añadió —. Hay que felicitar al director de «Estrella Blanca», Simón.

—Ya le felicité por anticipado con un sustancioso cheque — declaró el aludido—. La campaña continuará, por supuesto.

—Sí — convino Sturdevant con acento de rabia—. Tiene que continuar, hasta que hayamos desacreditado por completo a esos tres forajidos.

El timbre de la puerta sonó de pronto.

—Deben de ser Laird y Monn — opinó Shaff.

Y se encaminó a abrir, pero se llevó una sorpresa al verse ante un individuo que le resultó completamente desconocido.

—¿Qué desea? — preguntó secamente.

—Soy el doctor Grupski. Deseo hablar con el señor Sturdevant — manifestó el visitante.

CAPÍTULO IV

Sturdevant contempló con recelo a Grupski.

Tratábase de un hombrecillo menudo, de cráneo sin pelo y forma de melón, vestido estrambóticamente. En una época en que la indumentaria más absurda no inspiraba la menor curiosidad, la de Grupski era disparatada.

Grupski vestía un mono verde con letras doradas y estrellas plateadas, que llenaban todo el conjunto. Las letras correspondían a todo el alfabeto y, a veces, montaban sobre las estrellas, algunas de las cuales eran de tamaño exorbitante.

El visitante usaba, además, gafas, pero, mediante una montura especial, las llevaba a quince centímetros de sus ojos. Sturdevant vio aquello y se estremeció.

—Así que usted es...

—Titus Grupski, doctor en Hipersicología — puntualizó el recién llegado.

—Oiga, no tengo necesidad de sus servicios — barbotó Sturdevant—. Estoy más sano que una pera, ¿sabe?

—No lo he dudado jamás — contestó Grupski—. Yo no he venido a curarle, sino a ofrecerle mis servicios.

—¿Qué clase de servicios?

—Los propios de un hiperpsicólogo, naturalmente. Sturdevant se pasó una mano por la cara. Simón y Shaff estaban pasmados.

—Hipersic... — gruñó Sturdevant—. Y eso, ¿qué es?

—¿Quiere que le haga una demostración? — preguntó Grupski.

—Sí, mientras no haga explotar una bomba o algo por el estilo.

Grupski sonrió.

—Yo no uso explosivos — manifestó.

Agitó la mano y, de repente, Sturdevant se encontró en el techo, en la misma posición de una mosca.

—¡Bájenme de aquí!—aulló, empavorecido—. ¡No estoy acostumbrado a caminar por los techos! — rugía.

Grupski movió la mano de nuevo y Sturdevant regresó a su sillón.

—¿Le ha gustado la prueba? — preguntó con ansiedad.

—Me he mareado — gruñó Sturdevant—. ¿Por qué diablos me colocó en el techo como si fuese una mosca?

—¿Yo? — Grupski se volvió hacia los otros dos, que permanecían como alelados —. ¿Se puso el señor Sturdevant con los pies en el techo y la cabeza apuntando al suelo?

Simón y Shaff, al unísono, contestaron negativamente. Grupski añadió:

—Fue sólo una ilusión de sus sentidos, señor Sturdevant. — Y preguntó —: ¿Son sus criados estos dos hombres?

—No, son mis colaboradores...

—Ah, yo creí que eran sus criados. Como he visto que le besan los pies y le abanican...

Grupski movió la mano otra vez. Simón se tiró al suelo y empezó a besar los pies de Sturdevant, mientras Shaff movía pausadamente un gran abanico de plumas.

—Muá, muá, muá...—hacía Simón.

—¡Soooomos tus huuuumildeeeees... siiiiirvienteeeeesssss...!—cantaba Shaff a voz en cuello.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! — rugió Sturdevant—. ¡ Echadme a este forajido de aquí! ¡ No quiero hablar más con él o me volveré loco de veras!

Simón y Shaff, ya recobrados, se abalanzaron sobre el estrambótico doctor. Grupski les detuvo con un simple ademán.

—¡Quietos! ¡Todavía no he demostrado todo lo que puedo hacer! — exclamó —. Señor Sturdevant, asómese a la ventana.

El político obedeció maquinalmente. Lo que vio le hizo dudar de la integridad de su cerebro.

—To... todo el mundo e... está parado...—balbuceó.

—Naturalmente — dijo Grupski—, porque yo lo he querido así. Mire otra vez; la gente ya está andando de nuevo.

Sturdevant se sentía desfallecer.

—Es usted... un demonio... ¿Qué quiere de mí:

Grupski sonrió ladinamente.

—Muy poca cosa, señor Sturdevant — dijo—. Le ofrezco mi ayuda incondicional a cambio tan sólo del puesto de ministro de Sanidad en su futuro gabinete.

Sturdevant saltó en su asiento.

—¿Quién le ha dicho que yo...?

—Soy un tipo listo y adivino los pensamientos de las personas — contestó Grupski—. No es mucho lo que le pido, ¿verdad? A fin de cuentas, soy médico y, ¿qué más natural que un médico sea el ministro de Sanidad?

Sturdevant miró con fijeza a su visitante.

—Doctor, ¿qué es lo que se propone usted? — preguntó.

—Nada — contestó Grupski plácidamente, a la vez que juntaba las yemas de los dedos de ambas manos —. Sólo lo que le he dicho: el puesto de ministro de Sanidad en su gabinete.

—¿Na... da más?

—Como lo oye, amigo mío.

Sturdevant vaciló un instante. Al fin, dijo:

—Doctor, ¿le importaría volver mañana para que le dé respuesta definitiva?

—En absoluto. Resulta comprensible que usted quiera meditar sobre mi petición. Mañana a estas horas, me tendrá aquí, amigo Sturdevant. Pero no lo olvide, en Hiperpsicología, el doctor Grupski y nadie más.

Momentos después, Sturdevant y sus dos ayudantes se habían quedado solos. Los tres se hallaban atónitos, incapaces de reaccionar.

—Es... que... que me cuelguen si entiendo lo que se propone ese condenado «matasanos» — dijo Sturdevant al cabo de un rato.

—Yo tampoco — confesó Simón—, pero la cosa está bien clara. Con Grupski en el equipo, no podemos fallar. ¿No lo crees tú así, Ted?

Shaff asintió con vigorosos gestos de cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo, compañero — respondió.

—Bien, en ese caso... — Pero, de repente, Sturdevant se acordó de una cosa y lanzó un aullido—. ¿Dónde diablos están Laird y Monn?

Steve Laird y Bick Monn se hallaban en aquellos momentos ante un juez de Tráfico, después de haber pasado toda una noche en los calabozos de la jefatura de Policía.

El juez, escuchados los testimonios y alegatos pertinentes, dictó sentencia:

—Steve Laird y Bick Monn, culpables ambos de embriaguez y violación de las normas de aerotráfico, habiendo cometido infracciones que pudieron poner en peligro las vidas y bienes de otros ciudadanos, son condenados a un mes de arresto y multa de cien círculos de oro cada uno. La condena, vista la falta de antecedentes en este sentido, puede ser cancelada, por vez primera, mediante el abono de ciento cincuenta círculos de oro cada uno. ¡Caso fallado! ¡El siguiente!

Laird y Monn tuvieron el buen sentido de no protestar. Aquel juez era muy quisquilloso y podría haberles aumentado la pena en tal caso. Sin rechistar, abonaron las sumas pedidas, y poco después, eran puestos en libertad.

* * *

—De modo que usted...

—Sí — dijo Nancy—. Yo trabajé algún tiempo en una oficina de un negocio que más tarde supe pertenecía a Sturdevant. Trabajos corrientes: dictografía, archivo y demás.

—Eso significa que usted sabe hablar con la voz adecuadamente modulada para hacer funcionar una máquina dictográfica.

—Sí, hice los cursos en el Instituto de Dictografía y aprobé con buenas notas. Tuve primero un empleo y luego conseguí el de Sturdevant. Me pagaban veinticinco círculos de oro más cada mes.

—No está mal — aprobó Kehlar—. ¿Qué clase de negocio era?

—Importación y exportación de artículos marcianos. Todo legal; nada que requiriese la intervención del Departamento de Comercio Interplanetario.

—Artículos clasificados como de segunda categoría.

—Exactamente. Nada estratégico, por supuesto.

—Bien, continúe — instó Kehlar.

—Permanecí allí cerca de seis meses. Mi trabajo era más bien de rutina — explicó Nancy—. Un día, de pronto, el director de la oficina, Bob Hensley, me ordenó copiar una lista de artículos que habían de ser remitidos a nuestro corresponsal en Marte, con objeto de que señalase las preferencias de adquisición por parte de la población de aquel planeta, tanto autóctona como terrestre.

—Vamos, un sondeo de opinión.

—Sí, en efecto.

—Y usted copió la lista y...

—Era larguísima. Parecía que nunca se iba a acabar. Había artículos de todas clases; yo diría que casi todo lo que se produce en la Tierra, salvo, naturalmente, los materiales sujetos a control.

—Entiendo. ¿Qué pasó después?

—Mi compañera Corina Brucker recibió otra lista análoga y lo mismo le pasó a Dolores Martín, otra de las chicas empleadas en la oficina. El jefe ordenó además que repasáramos el original con la copia, pero yo no disponía de tiempo, de modo que me lo llevé a casa para hacerlo después de cenar.

—¿Hicieron lo mismo Corina y Dolores?

—Sí. Terminamos la labor con escasa diferencia y algunos minutos después de la hora de cierre, de modo que, como Hensley nos había encomendado la urgencia del caso, decidimos terminar en casa el trabajo. A ninguna de las tres nos gustaba, pero, compréndalo, pagaban un buen sueldo y no era cosa de meterse en dificultades.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, al día siguiente lo traje todo a la oficina y ahí acabó la

cosa. Es decir, creía yo que había acabado.

—Explíquese, por favor — pidió Kehlar.

—Me llevé todos los documentos en un gran sobre. Los repasé meticulosamente, metí todo en el mismo sobre al terminar y me acosté. A la mañana siguiente, entregué el sobre y eso fue todo. Dolores y Corina hicieron lo mismo.

—¿Y luego?

—A la mañana siguiente, nos llamó el señor Hensley y dijo que faltaba uno de los originales de la lista de artículos. Las tres dijimos que lo habíamos entregado, junto con las copias, pero Hensley insistió en que faltaba. Como negamos haberlo perdido, creyó que nos encubríamos mutuamente y nos despidió a las tres.

Kehlar sonrió.

—Vaya un geniecito — dijo—. Pero Hensley podía haber averiguado quién era la que lo había perdido sólo con examinar el sobre.

—No. Los sobres eran idénticos y no tenían distintivo alguno. Por otra parte, usted sabe que las dictógrafas graban con caracteres que no se diferencian de una máquina a otra.

—¿Y eso es todo?

—Una semana más tarde, empezaron las dificultades para mí. Dos tipos empezaron a seguirme a todas partes, espiando el menor de cada uno de mis movimientos, hasta el momento en que usted intervino anoche.

—Y usted relaciona sus dificultades con Sturdevant.

—Sí, porque, a pesar de la aparente inocuidad de las listas de mercancías, sospecho que hace contrabando de artículos prohibidos o intervenidos por el gobierno por los dos gobiernos, mejor dicho.

Kehlar se acarició la mandíbula pensativamente.

—Eso significaría que había una clave en las listas — opinó.

—Yo también lo creo así, y por esa razón quisieron secuestrarme.

—¿Para asesinarla?

Nancy negó con la cabeza.

—No creo que llegasen a tanto — contestó —. Simplemente, para borrar de mi mente el recuerdo de aquellas listas.

Kehlar alzo las cejas.

—¿Cómo?

—En la Escuela de Dictografía se nos enseña a desarrollar la memoria hasta extremos inconcebibles, Yo podría reproducirle ahora aquella lista en un noventa y ocho por ciento, sin temor a error en ese porcentaje, pero lo que no recordase en estado normal,

me podría ser arrancado por procedimientos psíquicos.

—Voy comprendiendo — replico Kehlar—. De modo que esos tipos querían secuestrarla para someterla a un tratamiento probablemente psiconarcótico, con objeto de hacerla olvidar lo que copió una vez en la oficina de Hensley.

—Exactamente — confirmó Nancy.

Kehlar se puso en pie.

—¿Quiere aguardarme un rato aquí, Nancy? — consultó.

—¿Adónde va usted? — preguntó ella, asombrada.

—A comprar una dictógrafa. Quiero que reproduzca para mí esa lista. ¿Le importará hacerlo?

—En absoluto, Kehlar — contestó ella—. Lo haré con mucho gusto.

CAPÍTULO V

Sturdevant, furioso, se paseaba con las manos a la espalda, mientras era contemplado por Bob Hensley y dos batidos sujetos llamados Laird y Monn.

—De modo que ese tipo os golpeó, os embarcó en el aeromóvil... y os despertasteis en la jefatura de Policía.

—Así fue, jefe — contestó Laird en tono compungido—. No me explico cómo lo hizo...

—Fue uno de los «Justicieros» — apuntó Hensley.

—Sí, tuvo que ser uno de ellos — masculló Sturdevant—. ¿Qué hay de las otras dos dictógrafas?

—Están seguras. Hoy mismo iniciarán el tratamiento, pero para que sea completo deberán pasar varias horas; casi doce, antes de iniciar el primer requerimiento mental.

—¿Habéis registrado sus casas?

—Palmo a palmo — contestó Hensley—. La lista que falta no ha aparecido.

Sturdevant hizo chirriar sus dientes.

—Eso es que la han escondido — masculló.

—A menos que la tenga Nancy Callaban — sugirió Simón, también presente en la reunión.

—Es posible — admitió el político—. ¿Por qué se te ocurriría darles esas listas a copiar? — increpó a Hensley.

—Usted no me advirtió por completo de qué se trataba — respondió el aludido sin intimidarse—. De otro modo, yo habría actuado de muy distinta manera.

—Bob tiene razón, jefe — intervino Shaff—. El mal está hecho ya, de modo que lo que interesa es arreglar el asunto lo antes posible.

—Mientras no pongamos la mano encima de Nancy Callahan...

Simón dirigió una dura mirada a los dos acólitos.

—Espero que ahora no falléis — dijo—. Hoy mismo, Nancy debe estar en «La Residencia». ¿Entendido?

—Estará — aseguró Monn —. Vámonos, Steve.

La pareja abandonó la estancia. Sturdevant consultó su reloj.

—Estoy aguardando al doctor Grupski — dijo—. Voy a aceptar su propuesta, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Simón.

Sturdevant sonrió aviesamente.

—«Los Tres Justicieros de Marte» son unos sujetos muy

poderosos — dijo—. Sin embargo, no creo que lo sean tanto como Grupski.

—¿Qué es lo que piensa pedir, jefe? — inquirió Shaff.

—¡ Hombre, eso se cae de su peso! Pienso pedirle, sencillamente, que me quite de en medio a esos tres malditos entrometidos.

El timbre de llamada sonó en aquel momento. Sturdevant volvió a sonreír.

—Ha llegado la hora — exclamó.

* * *

El aparato permaneció silencioso y la pantalla apagada. Una y otra vez, Nancy insistió en la llamada hasta que comprendió que todo sería inútil .

Marcó el número de Dolores Martín. El resultado fue análogo.

Descorazonada, se preguntó dónde podrían hallarse sus amigas. De pronto se le ocurrió la idea de que los secuestradores habían triunfado en el caso de sus amigas.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Nancy corrió a abrir. La enorme silueta de Kehlar se dibujó en el umbral.

—He tardado un poco, porque el cacharro pesa lo suyo — dijo sonriendo.

Nancy se quedó pasmada al ver al marciano cargado con un artefacto cubierto con una funda opaca de tejido plástico.

—Pero... ¡si dos hombres pueden difícilmente con un dictógrafa! — exclamó.

—Bueno, yo no soy un tipo debilucho, precisamente— contestó Kehlar—. El dependiente se quedó atónito al ver que me llevaba el trasto, en lugar de pedirle que lo enviara a mi oficina. Claro que aquí tampoco tengo oficina...

Kehlar entró en el piso y oteó con la mirada. Después de hacer un signo negativo, dijo:

—Temo que habré de poner la dictógrafa en el suelo. Las mesas que hay aquí podrían romperse bajo su peso.

—Eso creo yo también — declaró Nancy, sonriendo.

—Para dictar, puede sentarse en un cojín. Yo prepararé mientras tanto café y pastas.

—Sí... Kehlar — convino ella con voz vacilante.

El marciano la miró con expresión de interés.

—¿Qué le sucede, Nancy?

—Verá... He tratado de comunicarme con mis otras dos compañeras... Ninguna de ellas me ha contestado.

Kehlar dejó la máquina en el suelo.

—¿Teme que las hayan raptado?

—A decir verdad, sí.

—No se preocupe — dijo él—. Vamos a ver si las rescatamos. ¿Tiene usted alguna idea de dónde pueden hallarse?

—Si Sturdevant ha intervenido en el asunto, pueden estar en su quinta de recreo. Él la llama «La Residencia».

—Una villa en el campo, ¿eh?

—Un palacio de las Mil y Una Noches, Kehlar.

—Bien, no se preocupe. Nosotros seguiremos con nuestro trabajo. Dos buenos amigos míos tratarán de confirmar sus sospechas, Nancy.

—¿Los... los... otros dos... «Justicieros»?

—Exactamente, Nancy — confirmó él.

* * *

La muchacha contempló absorta las operaciones que realizaba Kehlar con precisión y eficiencia. El marciano introdujo la mano en su bolsillo y sacó algo que parecía un carrete de hilo metálico, extremadamente fino.

Uno de los cabos del hilo fue a parar al anillo de su mano izquierda. El otro, convenientemente devanado, acabó en determinado punto del televisor de la muchacha.

Acto seguido, Kehlar manipuló ligeramente en el anillo. La pantalla de televisión se encendió segundos después y las caras de dos hombres jóvenes y bien parecidos se dejaron ver.

—¡Ya era hora! — exclamó Eccai.

—¡ Caramba, Kehlar! ¡ De dónde has sacado esa beldad? — dijo Sittus.

—¿No tiene dos amigas que se parezcan un poquitín a ella? — preguntó Eccai.

—Las tiene — contestó Kehlar, mientras observaba a Nancy, intensamente ruborizada. Y repitió —: Las tiene, pero sospechamos que las hayan raptado. En este caso, podrían hallarse en «La Residencia», villa de recreo de nuestro amigo Kit Sturdevant, que está en...

Kehlar se volvió hacia la muchacha.

—Dígalo usted mismo, Nancy — invitó.

—Está en la cuadrícula T-ll del plano de las afueras de la ciudad. Pueden encontrarlo en cualquier parte — señaló ella.

—Entendido — dijo Eccai—. ¿Qué hacemos con ellas caso de encontrarlas?

—En nuestro satélite estarán bien. Allí tendremos una reunión, cuando las hayáis encontrado — dispuso Kehlar.

—Se llaman Colina Brucker y Dolores Martín — indicó Nancy.

Sittus guiñó un ojo.

—Ahora mismo ensillamos nuestros caballos y salimos a galope tendido en su busca — dijo.

Kehlar cortó la comunicación. Intrigada, Nancy preguntó:

—¿Es que van a ir a caballo para rescatarlas?

El marciano se echó a reír.

—No, sólo se trata de una metáfora — contestó—. Bien, ¿empezamos a trabajar?

—Ahora mismo —accedió Nancy.

* * *

Los dos marcianos se detuvieron en una pequeña eminencia, desde la cual dominaban ampliamente la lujosa villa de recreo perteneciente a Sturdevant.

—El tío no se priva de nada, ¿eh?—comentó Eccai en tono irónico.

—Nancy tenía razón; es un palacio oriental... del Oriente de la Tierra, claro.

La mansión estaba rodeada por un enorme parque, en uno de cuyos lados se veía una piscina que casi parecía un lago. A pesar del buen tiempo que hacía, no se divisaba ningún bañista en las inmediaciones de la piscina.

En cambio, sí se veían un par de tipos armados, patrullando por el parque.

—Llevan carabinas de choque — dijo Sittus.

—Sí, indudablemente, Sturdevant no quiere compromisos. Una carabina de choque derriba a un hombre, pero no lo mata. Dada su delicada posición política, una muerte, aunque fuese de un presunto ladrón, podría perjudicarle muchísimo.

—¿Cómo te parece que iniciemos el asalto, Eccai? El consultorio dudó un momento.

—¿Utilizamos el procedimiento extrarrápido?

—sugirió.

—Consumiremos mucha energía. Podríamos necesitarla en un momento crítico — dudó Sittus.

—Entonces, no queda sino el procedimiento, terrestre, vamos. El extrarrápido queda para la retirada, en caso preciso.

—Conforme. ¿Vamos?

—Andando.

Los dos hombres descendieron la pendiente sin molestarse en tomar precauciones. Mientras bajaban, Sittus manipuló en su anillo de transmisiones.

—He bloqueado todas las líneas de comunicación — dijo.

—Buena idea — aprobó Eccai.

Minutos después, llegaban al borde de la tapia. Eccai levantó la mirada.

—No es baja, no — comentó.

El muro medía no menos de siete metros de altura. Eccai frunció el ceño al observar el borde lleno de vidrios cortantes.

—No podemos saltar en la forma ordinaria — dijo.

—Usaremos la pértiga — declaró Sittus.

Metió la mano en uno de sus bolsillos y extrajo un tubito de metal de unos treinta centímetros de largo por uno de grueso. Presionó un resorte casi invisible, situado en el centro, y el tubo se prolongó telescópicamente por ambos extremos, hasta alcanzar una longitud total de unos ocho metros.

—Saltaré yo primero — dijo—. Si hace falta, entretendré a los perros de presa.

—De acuerdo.

Sittus retrocedió un buen trecho. Tomó carrerilla, apoyó la pértiga en el suelo y se elevó raudamente.

Al llegar a lo alto de la tapia, aumentó su impulso y pasó al otro lado. La pértiga, una vez suelta, cayó hacia Eccai, quien la recogió en el acto.

Sittus cayó al suelo, sobre la blanda hierba, a pocos metros de uno de los guardianes, quien se volvió rápidamente al oír el ruido.

El vigilante era un hombre de grandes reflejos. Apenas vio a un extraño en el interior del parque, apretó el gatillo de su carabina y disparó una onda de choque, capaz de derribar a un buey.

Sittus dio una voltereta en el aire y rodó por tierra. En el mismo instante, un individuo pareció descender del cielo.

El guardián parpadeó, atónito. Sittus se incorporó en el acto, frotándose el pecho, mientras Eccai aterrizaba casi a los pies del vigilante.

La sorpresa anonadó al individuo. Eccai extendió la mano y el vigilante cayó sin sentido.

—Son duros esos disparos de choque — dijo Sittus, haciendo una mueca.

—¿Duele?

—Apenas —contestó Sittus—. ¿Vamos?

—Adelante. Empiezo a creer que Cortina y Dólares,

efectivamente, están aquí.



CAPÍTULO VI

Nancy hablaba con voz bien modulada, pero sin apenas inflexiones. La máquina escribía por sí sola, sin necesidad de teclado.

De pronto llamaron a la puerta.

Nancy se interrumpió. Kehlar se puso en pie.

—Yo abriré — dijo.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Un tipo preguntó:

—¿Vive aquí la señorita Callaban?

—Lo siento. Aquí vive la señora viuda de Zorini — contestó Kehlar, impasible.

—Ah, usted dispense — dijo Laird.

Kehlar cerró la puerta. Laird y Monn se disponían ya a marcharse, cuando el primero se golpeó la frente con fuerza:

—¡ Maldición! Ese tipo nos ha engañado. Las señas que nos han dado corresponden a este apartamiento.

Monn desenfundó una pistola de choque.

—Eso lo arreglo yo ahora mismo — dijo—. Anda, llama de nuevo.

Laird puso el índice sobre el pulsador de llamada y lo mantuvo durante más tiempo del habitual. La puerta tardó casi un minuto en abrirse.

Kehlar apareció de nuevo ante los esbirros.

—Ah, son ustedes los que preguntaban por el señor Yáñez. Lo siento; estamos velando su cadáver.

Y cerró, antes de que aturdido Monn se acordara siquiera de que tenía una pistola en la mano.

—Oye — dijo Laird de pronto—, esa cara me parece conocida.

Monn miró torvamente a su compinche.

—A mí también — concordó—. Y si ese tipo es el que sospechamos, se la va a cargar. ¡ Llama otra vez!

—¡Llama, llama!—gruñó Laird, enojado—. Y tú, a ver si te acuerdas de que lo que tienes en la mano es una pistola de choque y no un higo.

Monn lanzó una interjección, mientras su compinche oprimía de nuevo el pulsador. De pronto, en el centro de la puerta brotó, como respuesta a la llamada, un chorro de agua que puso perdido a Laird.

El otro no pudo contenerse y rompió a reír estrepitosamente. Laird, enfurecido, se olvidó de la virtud del compañerismo y lo derribó de un tremendo derechazo.

Furioso, Monn apretó el gatillo. Una bola de aire comprimido golpeó a Laird en pleno y lo dejó sentado en el suelo y sin aliento.

Laird casi se echó a llorar.

—Ese tipo se está burlando de nosotros...

Monn se puso en pie, rabiando de furia.

—Pues yo no me vuelvo sin la chica, pase lo que pase. Porque si el jefe nos ve regresar con las manos vacías, nos despelleja, tenlo por seguro.

Y tras armar la pistola de nuevo, apuntó a la puerta y apretó el gatillo.

La onda de choque impactó contra la puerta, rebotó y se deshizo en la cara de Monn. El individuo empezó a oscilar de un lado para otro, sin saber muy bien lo que había ocurrido.

Al otro lado, Kehlar dijo:

—Estoy empezando a cansarme, Nancy.

Ella le miró inquisitivamente. Kehlar abrió de pronto y alargó las manos al mismo tiempo, para agarrar a los dos sujetos por el cuello.

Se oyó un seco «crock». Dos cráneos chocaron. Laird y Monn rodaron por tierra sin conocimiento.

Minutos más tarde, partían de nuevo en su aeromóvil, todavía sin recobrar el sentido. El vehículo, carente de gobierno, empezó a trazar peligrosas eses en la atmósfera, hasta que una aeropatrulla policial, tras darle alcance, lo sujetó con unos garfios magnéticos y lo remolcó a la Jefatura de Policía.

Kehlar regresó al apartamiento de la muchacha.

—El campo está despejado — anunció.

Nancy le miró sonriente.

—¿Cómo consiguió rechazar la fuerza de la onda de choque? — preguntó.

—Simplemente, puse la mano sobre la puerta. Me imaginé que esos pájaros tratarían de echarla abajo y actué en consecuencia.

—Es usted un hombre terriblemente fuerte — dijo ella, admirada.

—No más que uno de mi edad y mi figura — sonrió él —. Pero aumento mis fuerzas, mediante un adecuado empleo de lo que aquí se llama autosugestión.

—Eso sólo puede hacerle un marciano, ¿verdad?

—Y un terrestre también, si se lo propone. Pero le costaría mucho más que a nosotros. Nos lo enseñan ya desde chicos.

—Me gustaría conocer Marte — suspiró—, nunca he estado allí.

—No es tarde. Usted no es tan vieja como para no esperar ya

poder ir a mi planeta.

—Tengo veinticuatro años — contestó Nancy, orgullosa—. ¿Y usted? Oh, perdón; es una pregunta muy íntima…

—No se preocupe. Lo que interesa es la respuesta. ¿Qué quiere saber de mi edad? ¿Años terrestres? ¿Marcianos? ¿Intermedios?

—¿Cómo intermedios? — asombró ella.

—Bien, el año terrestre es más corto que el marciano. Por tanto toma la cantidad media de días y ése es el año intermedio, que se usa solamente a efectos comerciales. ¿Cuál de mis edades quiere saber usted?

Nancy se sonrojó vivamente.

—Por su aspecto, yo diría que tiene treinta y cuatro años terrestres — calculó.

—En otro momento le diré lo que supone eso en tiempo marciano — manifestó él—. ¿Seguimos?

Bruscamente, Kehlar notó en su dedo anular izquierdo la señal de llamada.

—Eh, mis amigos me llaman — anunció —. Voy a conectar el televisor.

Momentos después, se encendía la pantalla.

Eccai informó:

—Misión realizada con éxito. Chicas rescatadas. Volvemos al satélite.

Nancy lanzó un grito de alegría. Kehlar dijo:

—Estupendo. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. ¿Muchas dificultades?

—Nada del otro mundo — contestó.

—¿Tierra o Marte? — preguntó Kehlar, bromeando.

—El otro mundo es siempre otro mundo — respondió Eccai—. Bien, las chicas están atontadas aún por el narcótico, pero creo que se recuperarán pronto.

—Estupendo. Atendedlas como se merecen.

—No hacía falta que lo dijeras — intervino Sittus riendo—. Son guapísimas.

Kehlar miró a Nancy.

—Son unos conquistadores irresistibles — dijo—. A veces me pregunto si no serán terrestres.

Ella le miró fijamente.

—¿Y no descendemos todos de un tronco común, Kehlar?

* * *

Kit Sturdevant contempló de hito al hombre que tenía ante sí y,

tras una pausa de silencio, dijo:

—Doctor, acepto su propuesta, pero con una condición.

—¿Cuál es? — preguntó Grupski.

—Hay tres sujetos a los que deseo poner fuera de combate. No me importan los medios; el caso es que los elimine usted.

—¿Me ha tomado por un asesino profesional?

Sturdevant se encogió de hombros.

—Su ministerio de Sanidad defiende de la respuesta que me dé sobre este asunto, doctor — dije fríamente.

—¿Por qué yo y no otro? — preguntó Grupski.

—Escuche, he tenido ocasión de conocer sus formidables dotes de hipnotizador. Me puso a mí en la posición de una mosca...

—Sugestión, simplemente. Usted no se movió del asiento.

—Y convirtió en estatuas a todos los transeúntes de la calle.

—Lo veía usted así, pero ellos seguían andando.

—Ya lo sé. — Sturdevant se reclinó en su sillón—. De todas formas, me imagino que lo que usted hizo fue sólo una pálida demostración de sus poderes reales.

Grupski sonrió.

—Es usted muy listo — dijo.

Alargó la mano. Sturdevant, con sillón y todo, se elevó dos metros en el aire.

—No vuelva usted a las andadas, doctor — gruñó el político—. Esto es sólo hipnotismo.

—Bájese del sillón, si lo cree así — indicó Grupski.

Sturdevant dudó un momento. Al fin, se puso en pie y dio un paso hacia delante.

¡ BLAAAM!

El suelo trepidó con el impacto de su cuerpo. Simón y Shaff rompieron a reír desconsideradamente.

—¡ Silencio, imbéciles! — rugió Sturdevant, dolorido a consecuencia del golpetazo. Haciendo un esfuerzo se sentó en el suelo—. No ha sido sugestión — reconoció.

—Levitación — declaró Grupski simplemente.

—Muy bien — rezongó el político, mientras se ponía en pie—. Ya sabía yo que usted hacía algo más que influir en la mente de las personas. Por eso quiero que elimine a tres hombres.

—¿Se llaman...?

—Se hacen llamar «Los Tres Justicieros de Marte».

Grupski dudó.

—Pide usted mucho — dijo.

Sturdevant movió una mano.

—Abre, Jarrod — indicó a Simón—. El doctor Grupski acaba de dimitir de su cargo de ministro de Sanidad.

—¡ Espere! — gritó el doctor:

Los tres hombres le contemplaron con interés. Grupski fijó la vista en Sturdevant.

—¿Cómo ha de ser la eliminación? — preguntó.

—Con tal de que no me molesten más, lo dejo a su elección — respondió el político.

—Puedo influir en sus mentes y convertirlos para siempre en unos imbéciles — dijo Grupski.

Sturdevant se encogió de hombros.

—Me es indiferente — contestó—. Todo lo que quiero es que me los quite usted de en medio definitivamente.

Cuando Grupski se hubo ido, Simón dijo:

—Jefe, cada vez que pienso en ese «matasanos», me parece que tenemos un tigre agarrado por la cola.

—Sí, pero con la ventaja de que sólo lo agarro con la mano izquierda. En la derecha tengo una pistola, con la que puedo volarle los sesos cuando deje de cazar para mí — contestó Sturdevant en tono estremecedor.

CAPÍTULO VII

—¿Y no cobran ustedes nunca por su trabajo?

Kehlar hizo un signo negativo.

—Nunca — contestó.

Estaba cómodamente reclinado en un sillón de la sala de su pequeña astronave, la cual ascendía raudamente hacia el punto del espacio donde orbitaba el satélite en que habían hecho el viaje de Marte a la Tierra. Nancy se hallaba a su derecha y contemplaba el fascinante espectáculo del cielo, visto sin el obstáculo de la atmósfera.

—Pero eso es... es... No sé cómo definirlo, Kehlar.

—Diga que nos gusta hacer el bien a quienes creemos lo merecen.

—Yo era... soy una persona insignificante...

—Nuestra computadora decidió todo lo contrario, Nancy.

—Ah, de modo que tienen una computadora.

—Sí. Ella selecciona los casos de interés y entonces nosotros tratamos de resolverlos.

—Pero, en última instancia, la decisión les compete a ustedes.

—Por supuesto. La computadora nos facilitó todos sus antecedentes, entre los que figuraba la relación con Sturdevant. Esto nos decidió a actuar en su favor.

Nancy hizo un gesto de extrañeza.

—Sturdevant — repitió—. ¿Qué se propondrá ese viejo zorro de la política?

—Nada bueno, por supuesto. La población terrestre, en Marte, es igual en número a la indígena. Ello ocasiona un equilibrio que a veces es difícil de mantener. Nos gusta ser equitativos, pero siempre hay terrestres ambiciosos, que tratan de alterar ese equilibrio a su favor.

—Y usted cree que Sturdevant es uno de ellos

—Muy posiblemente.

—Pero no hay pruebas.

—Por eso las buscamos, ¿no?

Nancy se quedó unos momentos silenciosa.

Luego dijo:

—Kehlar, ¿cómo pudieron los habitantes de nuestros planetas ignorarse durante milenios?

Él se encogió de hombros.

—En lo que a nosotros respecta — contestó —, debo reconocer

que éramos un poco aislacionistas. Pero también sabíamos que inevitablemente el contacto entre marcianos y terrestres acabaría por producirse algún día.

—¿ Cree que descendemos de un tronco común?

—Sin dudarlo, Nancy. Es más, nuestros remotos antepasados nacieron en la Tierra, quizá hace un millón de años.

—¿Tanto? — se asombró ella.

—Por lo menos. En aquella época, floreció en la Tierra una civilización adelantadísima que, en cuanto pudo, inició la conquista del espacio. Colonias de terrestres se establecieron en Marte, pero esa misma civilización se destruyó a sí misma y toda su huella se perdió. Allí quedaron solamente los descendientes de los terrestres, a quienes, andando el tiempo, sucedió lo mismo que a sus antepasados.

—O sea que también la civilización marciana desapareció.

—Sí, y luego, al igual que en la Tierra, volvió a resurgir. Eso es todo, Nancy.

—Pero ustedes viven en ciudades subterráneas...

—Ya se construyen muchas de tipo cupular. Marte no posee las mismas condiciones de habitabilidad que la Tierra, recuérdelo. Menos atmósfera, mayor distancia al Sol...

—Sí, es cierto — convino ella.

De pronto, Kehlar lanzó una exclamación:

—¡Ah, ahí está nuestro satélite!

Nancy miró en la dirección que le señalaba el marciano y una exclamación de asombro brotó de sus labios.

* * *

La joven había esperado encontrarse con un satélite de forma convencional, circular, ovoideo o lenticular, incluso cilíndrico, pero lo que nunca hubiera sospechado era verse ante un edificio de bellas líneas, del más puro estilo marciano, encerrado en una gigantesca esfera transparente, de casi cien metros de diámetro.

La casa estaba situada sobre una plataforma circular, que se apoyaba en la propia esfera, a unos veinte metros del polo inferior. Debajo de la plataforma había otra más pequeña, en la que se divisaban dos astronaves ligeras, tipo cohete, análoga a la que les transportaba por el espacio.

Entre la última plataforma inferior y la pared de la esfera, quedaba todavía un espacio de unos ciento cincuenta metros cúbicos, que alojaba los mecanismos de propulsión y gobierno de la singular astronave. Kehlar explicó a Nancy que, para viajes sin

demasiadas complicaciones, el aparato podía guiarse desde cualquiera de las habitaciones de la casa, en cada una de las cuales había un pequeño panel de mandos que permitía el fácil manejo de la nave.

—Se sale de todo lo corriente — dijo Nancy, admirada.

—Nosotros también nos salimos de lo corriente — sonrió el marciano.

—Lo que no comprendo es cómo pudieron dedicarse a esta profesión tan arriesgada. Ustedes, a lo que parece, son ricos y no tenían necesidad de trabajar ni, mucho menos, de correr peligros.

—Para un marciano, la vida moderna carece apenas de aliciente. Ciertamente, allí se necesita poco el dinero; todo el mundo tiene cubiertas de modo gratuito las necesidades más imprescindibles. Pero mis amigos Sittus y Eccai y yo habíamos estudiado a fondo, entre otras cosas, no sólo la historia de nuestro planeta, sino también la de la Tierra.

—Ah, son... estudiosos profesionales.

—Digamos aficionados a las ciencias humanísticas: Historia, Sociología, Filosofía, sin excluir unos mínimos conocimientos de Matemáticas y Física y Química, entre otras — puntualizó Kehlar—. Llegó un momento en que el tedio nos invadía y...

—Y decidieron montar su agencia de detectives.

Kehlar se echó a reír.

—Ustedes lo llaman así — contestó—. En marciano, el nombre verdadero es Sociedad de Justicia. No somos los únicos, por supuesto; lo que sucede es que hemos resuelto un par de casos con éxito clamoroso y la gente nos ha adjudicado una fama innecesaria. Y unas influencias políticas inexistentes.

—Siempre triunfan — dijo Nancy.

—Somos humanos, tenemos limitaciones... y a veces fracasamos — reconoció Kehlar humildemente.

—Espero que eso no suceda en nuestro caso — se estremeció ella.

Kehlar maniobraba ya para acercarse a la esfera. Con la mano derecha, presionó varias veces una tecla, según una determinada clave, y un foco, situado en la proa de la nave, emitió varios destellos.

A los pocos segundos, se abrió una compuerta. Lentamente, la nave penetró en la gran esclusa y, dirigida con suma habilidad por su pilota, se posó en el suelo de la plataforma.

Las máquinas funcionaron automáticamente, devolviendo a la esclusa una presión atmosférica normal. Cuando esto sucedió, una

luz verde centelleó valúas veces. Kehlar levantó entonces la cúpula de la nave y saltó al suelo, a la vez que decía alegremente:

—¡Bien venida a la mofada espacial de «Los Tres Justicieros de Marte», Nancy!

* * *

Un ascensor los llevó hasta la planta baja del edificio. Penetraron en un gran salón, agradablemente decorado según el más puro estilo marciano. Un hombre, vestido con un mono de color verde muy suave, salió a recibirles.

—¡Hola, Kehlar! — saludó —. Bien venidos a bordo.

—¿Qué tal, Sittus? Te presento a Nancy Callahan. Nancy, mi amigo y colega Sittus.

El marciano tendió la mano hacia la joven.

—Encantado, Nancy. Celebro infinito poder serle útil, como mis compañeros.

—En cambio, yo lamento haberles causado tantas molestias — se disculpó la muchacha.

—Le diré lo que dijo el otro — rió Sittus —: Si no hubiera sido usted, otro nos habría llamado...

—Pero tú prefieres que haya sido Nancy—dijo Kehlar jovialmente.

—Hablando con sinceridad, sí — admitió Sittus.

—¿Cómo siguen las chicas?

—Parcialmente todavía bajo los efectos de la droga. Esperamos que se recuperen, Kehlar.

—¿Podemos verlas?

—Desde luego. Vengan conmigo.

Kehlar tomó por el brazo a la muchacha y echaron a andar, siguiendo a Sittus, quien les condujo a una estancia contigua, también de grandes dimensiones, en donde estaban Corina y Dolores.

Eccai vigilaba a las dos jóvenes y dirigió a Nancy una inclinación de cabeza en señal de saludo. Nancy sintió una viva emoción al ver a sus dos amigas.

Corina y Dolores estaban tendidas sobre sendos muebles, mitad sillones, mitad camas, de cómodo acolchado. Parecían dormir.

Cada una de las dos tenía sujeto al brazo izquierdo un gran brazalete de metal, forrado de una sustancia plástica, del que partían varios cables, que iban a parar a una máquina de control, situada a un lado. Encima de la cámara se veían las pantallas de varios osciloscopios.

—Las funciones orgánicas se encuentran en perfecta normalidad — señaló Eccai—. El cerebro, sin embargo, aparece con un mínimo de actividad. Pero ya da señales de recuperación.

—Me pregunto si no sería este el mejor momento para conseguir extraerles la información que tanto deseamos — sugirió Kehlar.

Eccai hizo un movimiento negativo.

—No — contradijo—. Tenemos que hacerlo según nuestros propios métodos, tras estudiar detenidamente si la droga que les fue inyectada dejó alguna secuela perniciosa en sus mentes. De modo personal no lo creo, pero vale más cerciorarse sin lugar a dudas.

Kehlar, sonriente, se volvió hacia Nancy:

—Eccai es el verdadero científico del trío — señaló.

—Kehlar es un exagerado — sonrió el aludido.

—¿Qué harán cuando estén recuperadas? — quiso saber Nancy.

—Entonces, las hipnotizaremos según nuestros propios métodos — explicó Eccai—. No habrá el menor riesgo ni tampoco quedarán después inhibiciones perjudiciales. Pero tendremos hasta el último punto y la última coma de la famosa lista de mercancías.

—A usted también la hipnotizaremos, Nancy — indicó Kehlar—. De este modo, contrastaremos algún posible error. En una lista que estimamos es una clave secreta, ello podría resultarnos funesto.

Nancy hizo un gesto de asentimiento.

—No hay obstáculo por mi parte — respondió.

—Pero si mal no me equivoco, hay un original de esas listas perdido — dijo Kehlar—. ¿No es así?

—En efecto — confirmó la muchacha.

Kehlar se volvió hacia sus amigos.

—Será preciso investigar el lugar donde está esa lista — manifestó—. Nosotros podemos conocerla por nuestros métodos, pero no bastará que lo digamos, sino es preciso que la presentemos, a fin de mostrarla como prueba de las nada honestas actividades de Kit Sturdevant.

CAPÍTULO VIII

Corina y Dolores habían vuelto a la consciencia, aunque se mostraban todavía sumamente aturdidas y con el cerebro todavía embotado. Sittus meneó la cabeza con expresión indignada.

—Esa droga que les inyectaron pudo haberlas convertido en irnos vegetales vivientes para el resto de sus días — dijo.

—Les interesaban resultados. Lo demás, no les importaba en absoluto — contestó Eccai.

—¿Cuánto tardarán en estar dispuestas? — consultó Kehlar.

—Oh, cuarenta y ocho horas por lo menos — repuso Eccai—. La recuperación, no sólo física sino mental, ha de ser absoluta. Deben quedar en un estado idéntico al de Nancy.

—Deberemos armarnos de paciencia — suspiró Kehlar.

Y, en aquel momento, centelleó una lámpara situada sobre el dintel de la puerta.

Los tres marcianos se miraron un momento. Sittus dijo:

—Alguien está llamando por la radio espacial.

—Yo iré a ver de qué se trata — exclamó Kehlar.

Abandonó la estancia y pasó a otra en la que había varios aparatos de comunicación. Se acercó a uno de ellos, pulsó una tecla y dijo:

—Astronave de Marte KSE-L-1. Habla Kehlar. Adelante.

—Aquí es el centro de comunicaciones orbitales. Tenemos un mensaje urgente para la señorita Nancy Callahan.

—Transmítalo, por favor — pidió Kehlar.

—Se lo leeré — dijo el operador —: El mensaje dice así: Mamá muy grave. Ven urgentemente. Papá. Eso es todo.

—Gracias, amigo; yo mismo se lo comunicaré a la interesada.

Kehlar cerró la comunicación y, muy preocupado, volvió a la otra habitación.

—Nancy — dijo.

—¿Sí, Kehlar?

—¿Tiene usted padre y madre?

—¡ Claro! — respondió ella, asombrada —. ¿Por qué no iba a tenerlos?

—He recibido un mensaje para usted. Las noticias sobre el estado de salud de su madre no son buenas.

—¡ Oh! — Nancy se consternó —. Pobre mamá. Tendré que ir a verla en seguida...

—Yo la acompañaré — se ofreció Kehlar —. Vamos. Nancy echó

a andar, pero dio unos dos pasos y se detuvo en seco.

—Kehlar — exclamó.

—Dígame, Nancy — pidió el marciano.

—Encuentro extraño que mi madre se haya puesto enferma. Hace dos meses, me escribió desde Dublín, donde vive, diciéndome que acababa de salir de la clínica, donde había seguido un tratamiento de rejuvenecimiento y eliminación de causas de dolencias.

—Lo cual le asegura salud a prueba de bombas para diez años como mínimo.

—Exactamente, Kehlar. Y, otra cosa, ¿quién ha dicho a mis padres que yo estaba en su satélite?

Kehlar meditó unos instantes.

—Vamos a comprobar la supuesta enfermedad de su madre —dijo—. Esa llamada puede tratarse de una trampa.

—Si es así, ándate con ojo — advirtió Sittus.

—Tendré los dos bien abiertos — respondió Kehlar.

Pasaron al cuarto de transmisiones, en donde Kehlar pidió al centro de comunicaciones orbitales le pusiera en contacto con el número que Nancy le indicó.

El enlace con la casa de los señores Callahan se consiguió casi diez minutos más tarde. La cara de un hombre de unos cincuenta años, bien conservado, apareció en la pantalla.

—¡ Papá! — exclamó la muchacha.

—Hola, hija — sonrió tristemente Paddy Callahan —. Ven pronto, por favor. ,Mamá se encuentra muy mal. Algo ha fallado en su tratamiento y los médicos, a decir verdad, no nos dan muchas esperanzas.

Los ojos de Nancy se llenaron de lágrimas.

—Iremos en cuanto podamos — prometió —. Dale muchos recuerdos de mi parte, papá; estaré ahí lo más rápidamente posible.

* * *

Sturdevant sonreía satisfecho.

—De modo que ha conseguido atraer a uno de los «Justicieros» — dijo.

—Sí. Se me ocurrió ese ardid y ha dado resultado — contestó el doctor Grupski.

—¿Qué hará con el marciano cuando lo tenga en su poder?

—¿Ha oído usted alguna vez hablar de la Quinta Columna?

—Sí, tengo una vaga idea...

—Kehlar será la manzana podrida en un cesto lleno de

manzanas sanas. Claro que el cesto no tiene más que tres manzanas, pero la metáfora es suficientemente explícita, ¿no?

—Desde luego, doctor, aunque me gustaría que puntualizase más todavía.

—Deje el asunto de mi cuenta y no se olvide de mí al constituir su gabinete — contestó Grupski—. Ya le llamaré cuando tenga más noticias que darle.

Grupski cerró la comunicación y Sturdevant hizo lo propio. Se mordió los labios y luego, preocupado, murmuró:

—¿Para qué diablos querrá ese pajarraco ser ministro de Sanidad?

—Jefe, si quiere que le sea sincero, le diré que no tengo en él ninguna confianza — manifestó Simón.

Sturdevant movió una mano.

—Yo tampoco, pero, si nos ayuda como queremos, será preciso que rectifiquemos nuestras opiniones.

—No la mía — gruñó Shaff —. Que nos ayude, bueno. Después...

—Sí, eso mismo — concordó Sturdevant sombríamente—. Mientras no nos deshagamos de esos tres condenados marcianos, no estaremos seguros. Se nos llevaron a las prisioneras — dijo con acento lleno de rabia.

—Y no tenemos noticias de Laird ni de Monn — añadió Simón.

Sturdevant le dirigió una colérica mirada.

—Tú eras el que asegurabas que esos dos fulanos no fallaban jamás.

Simón se puso colorado.

—Hombre, jefe, es que esos marcianos son algo fuera de serie...

De pronto, llamaron a la puerta. Shaff se dirigió a abrir.

—Deben de ser ellos — apuntó.

La puerta se abrió. Dos abatidos esbirros aparecieron en el umbral.

—Otra vez nos capturó la aeropolicía — gimió Laird.

* * *

El cohete planeó suavemente y tomó tierra en un prado cercano a la casita que se veía a poca distancia, rodeada de un pequeño jardín.

—Yo creía que sus padres vivían en la propia Dublín — dijo Kehlar.

—Éstos son los suburbios — indicó Nancy—. Se trasladaron aquí hace un par de años, cuando mi padre se retiró del Servicio Civil.

Kehlar saltó al suelo y tendió una mano a la muchacha. Nancy le

siguió en el acto.

Los dos jóvenes se acercaron a la casa. Nancy abrió la puertecita de la valle del jardín y caminó apresuradamente por el sendero central.

Antes de llegar, se abrió la puerta. Un hombre apareció en el umbral.

—Nancy — exclamó.

—Papá — dijo ella, conmovida—. ¿Cómo se encuentra?

Paddy Callahan movió la cabeza.

—Muy mal — contestó en tono apesadumbrado.

Nancy se mordió los labios. Haciendo un esfuerzo, consiguió sobreponerse y dijo:

—Papá, te presento al señor Kehlar, de Marte. Kehlar, mi padre.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Luego, Nancy preguntó:

—¿Puedo verla?

—Tendrás que esperar unos momentos — contestó Paddy —. El doctor Grupski la está reconociendo ahora.

—¿Grupski?—se extrañó la muchacha—. Pero… ¿no la atendía el doctor O'Malloy?

—Sí, pero, cuando se agravó, O'Malloy nos recomendó a Grupski. Es uno de los mejores especialistas en cardiología y… Ah, aquí llega el doctor.

Grupski salía en aquel momento de una estancia. Kehlar respingó al ver las extrañas gafas que llevaba aquel sujeto estrambótico.

—Hola — saludó el galeno —. No molesten a la paciente— recomendó—. Ahora está descansando.

—¿Podría verla, aunque sólo fuera asomándome desde la puerta, doctor? — consultó Nancy.

—Por supuesto, pero no hable con ella ni le diga nada. Ni siquiera se acerque al lecho — contestó Grupski.

—Gracias, doctor.

Nancy se acercó a la puerta, se asomó y miró unos instantes al otro lado. Después de algunos segundos, se retiró y cerró cuidadosamente.

Se volvió. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no lanzar un chillido de pavor.

Kehlar y su padre estaban en el centro de la salita, rígidos, inmóviles, como estatuas. El doctor Grupski decía en aquellos instantes:

—Kehlar, le ordeno volver a su satélite y liberar a las

prisioneras, que me serán entregadas a mí personalmente. Una vez llegue a su satélite, ordenará a sus amigos lo saquen de su órbita de estacionamiento actual y lo sitúen en una órbita de colisión solar. ¿Ha entendido?

—En cuanto a usted, señor Callahan, su esposa mejorará totalmente dentro de veinticuatro horas. Ambos olvidarán por completo mi presencia aquí y la enfermedad de la señora Callahan. ¿Comprendido?

—Sí, doctor.

—Y usted, señorita Callahan, me acompañará y se vendrá conmigo ahora mismo.

Nancy estaba rígida, inmóvil. Lo mismo que los dos hombres, respondió:

—Sí, doctor.

Grupski sonrió:

—Gracias a todos — dijo —. Ahora, usted, Kehlar, regrese a su satélite y haga lo que le he dicho. Señor Callahan, su hija no ha estado en su casa nunca.

—Sí, doctor.

Kehlar salía ya de la casa. Grupski se volvió hacia Nancy:

—Aguarde aquí un momento.

Grupski se acercó al fonovisor y marcó un número. La cara de Sturdevant apareció en la pantalla a los pocos segundos.

—¿Doctor?

—Nancy Callahan está conmigo — anunció Grupski—. Nos dirigimos a «La Residencia».

—Magnífico, doctor. ¿Quiere qué...?

—No. Por ahora, prefiero estar a solas con las tres chicas.

—Oiga, doctor, no irá a formarse un harén, ¿verdad?— dijo Sturdevant jocosamente.

—¡ Estúpido! — contestó Grupski.

Y cortó la comunicación.

Luego se volvió hacia Nancy:

—Sígame, señorita Callahan — ordenó.

—Sí, doctor — contestó la muchacha dócilmente.

* * *

La astronave se posó con gran suavidad en un lugar despejado del parque, junto a la piscina. Kehlar se apeó y tras él lo hicieron Corina y Dolores.

Grupski se acercó al trío.

—Kehlar, puede marcharse — ordenó—. ¿Ha dado instrucciones

a sus compañeros?

—Sí, doctor. Cuando yo llegue, la órbita de colisión solar habrá sido ya calculada. Inmediatamente, nos despegaremos de la órbita de estacionamiento.

—Magnífico — sonrió Grupski —. Eso es todo, Kehlar. Buen viaje… y pongan el refrigerador al máximo; lo necesitarán.

Grupski rió su propio chiste, mientras Kehlar embarcaba de nuevo en el pequeño cohete. Cuando el aparato se hubo elevado, hizo un gesto con la mano:

—Síganme, chicas.

Corina y Dolores echaron a andar sin la menor resistencia. Tranquilo, seguro de sí mismo, Grupski precedía a la pareja en su camino hacia el edificio.

CAPÍTULO IX

Nancy, Dolores y Corma estaban situadas en sendos sillones, de respaldos abatibles, los cuales habían sido colocados en una posición intermedia, para mayor comodidad de las pacientes. Grupski tenía un fajo de papeles en las manos.

—Citen el primer artículo — dijo.

—Latas de melocotón en almíbar — anunció Dolores.

—Latas de melocotón en almíbar — dijo Corina.

—Almíbar de melocotón en latas — habló Nancy.

Grupski frunció el ceño.

—Bueno, casi da igual — murmuró. Punteó las respuestas y siguió: Artículo número dos.

—Cerillas eternas para cocina — contestó Dolores.

—Cerillas eternas para cocina — dijo Corina.

—Cocinas eternas para cerilla — dijo Nancy.

Grupski respingó.

—Responda correctamente — ordenó.

—Respondo, respondo — dijo Nancy.

—Oiga, ¿es que...? Bueno, a fin de cuentas, aunque ella altere los términos, el artículo es el mismo. Artículo número tres — ordenó.

—Clavos.

—Clavos.

—Clavitos.

—A esta chica le pasa algo — refunfuñó Grupski —. Artículo número cuatro.

—Material sanitario.

—Material sanitario.

—Sanirial materiano.

Grupski elevó los brazos al cielo.

—¡ No sé qué diablos le pasa a esta tonta! — rezongó—. ¿Por qué no contesta como las demás, Nancy Callahan? .

Nancy calló.

El doctor hizo un gesto con la cabeza.

—No importa — dijo—. Mientras repita lo mismo, aunque sea en otros términos... ¡Artículo número cuatro! — bramó.

—Ventiladores domésticos.

—Ventiladores domésticos.

—Abanicos.

Grupski miró de hito en hito a Nancy.

—¿Un abanico... es un ventilador doméstico?
—Manual — contestó Nancy.
—Bueno, sí, un ventilador manual, pero... Oiga, ¿está dormida?
—Yo, sí, ¿y usted?
El doctor empezó a recelar que algo no marchaba bien.
—Le ordeno dormirse, señorita Callahan.
—¿Por qué? — preguntó Nancy ingenuamente —. ¿Es la hora de irse a la cama?
—¡ Le he dicho que se duerma! — aulló Grupski, al borde de la apoplejía.
—Si grita tanto, no podré dormirme —se quejó la muchacha—. Dígamelo más bajo.
—Duérmase — ordenó el doctor, conteniendo a duras penas su indignación.
—Todavía es demasiado fuerte.
Grupski empezó a comerse las uñas.
—Duérmase — susurró.
—¿Qué? ¿Qué me mueva? Pero ¿quién le entiende a usted, doctor?
Grupski se pegó una palmada en la frente.
—A mí me da algo — gimió. Juntó las dos manos y suplicó —: Por favor, duérmase, señorita Callahan.
—Imposible. No tengo sueño. Si al menos me cantase una canción de cuna... Cánteme una canción de cuna, doctor.
—Yo me pongo enfermo, me pongo enfermo — sollozó Grupski —. Está bien, le cantaré una canción de cuna...
—Junto al oído — exigió Nancy.
—Junto al oído —aceptó Grupski.
Estaba separado de las chicas y en el centro. Grupski dio dos pasos y se inclinó sobre Nancy.
Entonces, ella veloz como el pensamiento, le quitó aquellas estrambóticas gafas con una mano. Con la otra le pegó un tremendo empujón y lo tiró pies por alto.
Grupski lanzó un rugido de rabia, pero más todavía de desconcierto, al ver que sus procedimientos habían fallado con la muchacha. Quiso levantarse del suelo, pero entonces, la aparentemente delicada y bien redondeada rodilla de Nancy le golpeó con dureza en la mandíbula.
Inmediatamente, Nancy lanzó un grito de triunfo:
—¡ Arriba, chicas!
Corina y Dolores abrieron torpemente los ojos.
—¿Dónde estoy? — preguntó la primera.

—¡Qué cansada me siento! — se quejó la segunda.

Ambas se sentían envaradas, apenas capaces de moverse. Nancy resolvió la situación sacando las flores de un jarrón y lanzándoles a la cara sendos chorros de agua.

—Vamos, hay que despabilarse — las apremió, mientras ellas se quejaban con agudos chillidos—. ¿Cómo andáis de dinero?

—¿Para qué lo quieres?—preguntó Corina, extrañada.

—Yo estoy sin blanca — confesó Nancy—. Y alquilar una astronave cuesta muchos círculos de oro.

—Bueno, yo tengo en el banco cosa de mil... — dijo Dolores.

—¿Cuánto hace falta? — preguntó Corina simplemente.

Nancy la contempló sonriendo.

—Es verdad — dijo —. Olvidaba que eres la ricachona del grupo. Entraste a trabajar con Hensley por no aburrirte en tu linda casita, ¿verdad?

—Algo había que hacer — contestó Corina—. ¿Para qué quieres alquilar la nave, Nancy?

La mano de la joven señaló al individuo tendido en el suelo.

—Ese repelente sujeto hipnotizó a Kehlar, quien, a su vez, ha debido de hipnotizar a Sittus y Eccai. Si no actuamos rápidamente, su satélite, siguiendo una órbita de colisión, acabará ardiendo en el sol.

* * *

Con paso rápido y talante animoso, las tres muchachas entraron en el banco, provocando murmullos de admiración entre los clientes. Hubo algún silbido que otro y el sonido atrajo la atención de Bob Hensley, que se hallaba casualmente realizando una operación financiera.

Corina se acercó a la ventanilla de pagos y entregó un talón. Procurando pasar inadvertido, Hensley se acercó un poco y vio que el cajero entregaba a la muchacha un grueso fajo de billetes, señalados cada uno de ellos con la cifra cien.

—Lo menos hay veinte mil círculos de oro — pensó—. Pero ¿cómo tenía yo, sin saberlo, empleada a una millonaria?

Realizada la extracción de fondos, las tres jóvenes se dirigieron hacia la salida. Hensley, intrigado, las siguió cautelosamente.

Veinte minutos más tarde, vio que entraban en un local de grandes escaparates. El rótulo le chocó muchísimo :

TRANSORBIT, S. A.

Hensley se quedó pasmado.

—¿Adonde diablos querrán ir esas tres chicas? — masculló.

Cuando salieron, entró en la oficina y se acercó al mostrador.

—Perdón — dijo —. Tengo entendido que tres señoritas acaban de alquilar una astronave.

—En efecto, señor — contestó el empleado atentamente—. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, me gustaría saber adónde se dirigen...

El tono del empleado varió en el acto.

—Lo siento, señor. El punto de destino de esas tres señoritas es asunto exclusivo de ellas. Nuestra casa no da informes a particulares.

—Dispense — se excusó Hensley con la mejor de sus sonrisas —. Gracias por todo, amigo.

—De nada, señor.

Hensley salió a la calle y buscó una cabina telefónica. Instantes más tarde, estaba en comunicación con Sturdevant.

—Acabo de ver a las tres pájaras — dijo.

—¿Cómo? — respingó el político—. ¿Es que estás en «La Residencia»?

—¡Qué diablos en...! ¡Estoy frente a la «Transorbit», una agencia de alquiler de astronaves! ¡ Ellas acaban de alquilar una astronave, pero no han querido decirme en la agencia adonde se dirigen!

—Hensley, ¿has bebido? — preguntó Sturdevant en tono severo —. Las chicas están en «La Residencia», con el doctor Grupski.

—Soy abstemio, maldición — se quejó Hensley —, y cuando digo que he visto a las chicas, es que las he visto, ¿estamos?

Sturdevant se quedó helado.

—Pero... el doctor se las llevó allí...

—¡ Pues ahora se han escapado!

Hubo una pausa de consternado silencio. Luego, de repente, Sturdevant barbotó:

—Bob, creo que vamos a tener que recurrir a los métodos clásicos. Vente para aquí, ¿quieres?

—Sí, jefe, ahora mismo.

Hensley cortó la comunicación. Preocupado, empezó a ver su porvenir con tintas muy negras.

* * *

—¡ Ahí está! — gritó Nancy de repente.

El piloto espacial emitió una sonrisa.
—Un satélite muy bonito—elogió—. Pero ¿cómo vamos a entrar en su interior?
Corina y Dolores miraron a Nancy. La muchacha se mordió los labios.
—Hay una contraseña a base de destellos luminosos, pero no la recuerdo; apenas me fijé cuando la emitió Kehlar.
—Y aunque la supiera — dijo el piloto—, lo más probable es que la señal fuese emitida en una determinada longitud de onda luminosa.
—¿Qué quiere decir? — preguntó Dolores.
—La luz pudo parecer blanca, pero el blanco tiene infinitos matices, cada uno de los cuales corresponde a una determinada longitud de onda. Si no poseemos esa información, es inútil que hagamos cualquier señal... suponiendo que los destellos sean blancos.
Desanimadamente, Nancy dijo:
—Y eso teniendo en cuenta que el blanco es la suma de los siete valores cromáticos del espectro; conque si empleó otro color...
—Bueno — dijo el piloto—, podemos acercarnos al satélite. Quizá ellos nos vean y nos indiquen la forma de entrar.
—No es mala idea — aprobó Corina.
El piloto maniobró con tanta habilidad, que pocos minutos más tarde tenía la nave a menos de diez metros de la esfera. Desde allí, podían ver la casa perfectamente.
A través de una de las ventanas divisaron a los tres marcianos tendidos en sendos sillones.
—¡ Están dormidos! — gritó Dolores.
—¿Qué esperabas? — dijo Nancy con ironía—. Grupski los hipnotizó y así seguirán hasta que ardan como una pavesa antes siquiera de chocar con el sol.
—¿Y no podríamos hacer algo para despertarlos? — preguntó Corina aprensivamente.
Nancy se mordió los labios. De repente, exclamó:
—Pudiera haber una solución...
Abrió su bolso y extrajo aquellas raras gafas que había arrebatado al doctor Grupski.
—Él las llevaba siempre puestas — dijo.
—¿Te las vas a poner? — preguntó Corina.
—Quizá consiga algo positivo, ¿no te parece?
El piloto dijo:
—No había visto nunca unas gafas tan extrañas. ¿Tan corto de

vista era ese tipo llamado Grupski?

—Corto de vista, no sé, pero buena persona, en modo alguno —dijo Nancy.

Y, decidiéndose de pronto, se puso las gafas, que quedaban sujetas por la presión de las patillas en las sienes.

Inmediatamente, dejó escapar un agudo chillido:

—¡Aaaaaayyyyy…!

CAPÍTULO X

Grupski se despertó y empezó a caminar a gatas por el suelo de la estancia.

—¡Mis gafas...! ¡Ay, mi mandíbula...! Creo que me la ha partido — gimió doloridamente.

La puerta del salón se abrió en aquel momento. Sturdevant, seguido de su pequeña corte, irrumpió en la pieza.

—¡ Doctor! — rugió.

Grupski le dirigió una mirada llena de desconsuelo.

—Mis gafas... Me las han robado...

—¡ Las chicas! — aulló Sturdevant —. ¡ Eso es lo que me importa! ¿Dónde están?

—No lo sé... Una de ellas me golpeó... He estado varias horas sin sentido...

Sturdevant se pasó una mano por la cara.

—¿Por qué? ¿Por qué habré confiado en esta cabeza pelada? — gruñó—, Pero... ¿no las había hipnotizado usted?

—Eso creía yo — respondió Grupski abatidamente—. Una de ellas me engañó.

—¿Quién fue? — preguntó Laird.

—Y eso, ¿qué importa ahora? — barbotó el político—. ¿Cómo pudo escapar a su poder de hipnotismo, doctor?

—A mí también me gustaría saberlo—dijo Grupski—. Y si supiera dónde están mis gafas...

—Pero ¿qué diablos tienen que ver sus gafas con todo esto? ¿Es que no puede ver para caminar sin ellas? Además, para hipnotizar a la gente, no creo que le sean necesarias.

—¡ Imbécil! — contestó Grupski de mal talante —. Son unas gafas especiales, cuyos vidrios, elaborados por mí al cabo de muchos años de investigaciones, me permiten penetrar fácilmente en el cerebro de las personas. Sin ellas, soy incapaz de hipnotizar ni siquiera un cordero muerto.

Monn lanzó una sonora carcajada, pero Sturdevant le miró coléricamente y la risa se le atragantó en la garganta. El político, pensativamente, dijo:

—De modo que esas gafas le permiten penetrar en el cerebro de las gentes, doctor.

—Sí, y entonces hago lo que quiero con el paciente.

—¿Incluso levantarme en el aire con el sillón?

—Usted pudo comprobarlo, ¿verdad?

—Sí, claro... Una cosa, doctor.

—Dígame, señor Sturdevant.

—Sus gafas... ¿se acomodan a cualquier tipo de visión?

—En efecto. Cualquiera que las use adquirirá al instante unos poderes mentales fabulosos.

Sturdevant sonrió.

—Muy amable por la información, doctor —dijo—. Laird, liquídalo.

Grupski lanzó un chillido de espanto.

—Pero...

Impasible, Laird extrajo una pistola disolvente y liberó una descarga que convirtió al instante en humo el cuerpo del doctor.

Sturdevant sonrió satisfecho.

—Ahora comprendo por qué tenía tanto interés en el ministerio de Sanidad — dijo—. Hubiera sido un simple ministro, en apariencia, pero, en la realidad, él habría sido el presidente y yo un simple pelele suyo.

Se volvió hacia sus acólitos.

—¿Tengo yo cara de ser pelele de nadie? — preguntó.

—¡Je!—rió Shaff—. Qué cosas dice usted, jefe.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? — consultó Laird, impasible.

—No cabe la menor duda sobre el destino de las chicas, han ido a liberar a los «Tres Justicieros» — contestó Sturdevant—. Jarrod, Ted, vosotros os encargaréis de capturarles de nuevo.

—¿Y ellos?

—Esta vez no quiero fallos de ninguna clase. Tampoco accidentes simulados, salvo después de que los hayáis disuelto. Entonces, su satélite debe volar en mil pedazos.

Sturdevant se dirigió hacia la salida.

—Pero... — se volvió de repente—, no os olvidéis de traerme las gafas del doctor Grupski. Es un artefacto que me resultará muy útil en el futuro, ¿estamos?

—Descuide, jefe. Puede considerarse puestas esas gafas — contestó Simón.

* * *

Kehlar contempló lleno de asombro las gafas que Nancy le acababa de entregar.

—De modo que con estos vidrios...

—Vi los cerebros de ustedes tres a la perfección — declaró la muchacha —. Como si estuvieran al descubierto, sin la protección de la caja craneana.

—Extraordinario — comentó el marciano—. Ese Grupski es un genio.

—Maléfico — calificó Nancy.

—Desde luego, porque de otro modo no se habría aliado con un granuja como Sturdevant. Lo que no entiendo es cómo usted no quedó hipnotizada en casa de sus padres.

—Yo creo que Grupski cometió un pequeño error. Recordará que me permitió asomarme a la habitación de mi madre.

—Sí, es cierto.

—Mi madre había salido hacía poco de la clínica. Un fallo cardíaco no parecía probable. A veces se dan casos, pero en un porcentaje infinito. Eso me extrañó considerablemente y me puse en guardia de modo instintivo. Mi madre, en efecto, yacía sobre su lecho, pero no estaba pálida en modo alguno y respiraba normalmente.

—Entiendo. Y luego usted simuló quedar hipnotizada.

—Sí — confirmó Nancy—. Me volví y vi a usted y a mi padre convertidos en estatuas. Yo también adopté la misma posición, a la vez que procuraba autosugestionarme... para no ceder a la sugestión de Grupski.

—¿Y después?

—Oí las órdenes que le daba. Escuché también la conversación de Grupski con Sturdevant y comprendí que tendría tiempo de salvarles a ustedes.

A fin de cuentas, el satélite no se iba a precipitar en el sol en un solo día.

Kehlar sonrió.

—Eso es muy cierto — convino —. Usted, entonces, comprendió que lo más interesante era rescatar a sus amigas.

—Y confirmar que, efectivamente, Grupski estaba en connivencia con Sturdevant. Aquellas gafas tan raras, por otra parte, me daban mucho qué pensar y me prometí apoderarme de ellas en cuanto pudiera.

—No cabe duda de que fue una acertada decisión. Ello le permitió liberarnos de la sugestión a que nos había sometido Grupski. Pero, a pesar de todo, él podía haberla hipnotizado en «La Residencia».

—Era ya tarde. Yo creo que, aun con esas gafas, una persona avisada puede proteger su mente. Así le di aquellas respuestas, probándome a mí misma que podía resistir perfectamente los mandatos de Grupski.

—¿Qué respuestas? — preguntó Kehlar.

Nancy le relató el interrogatorio de Grupski. Al terminar, Kehlar rompió a reír.

—No cabe la menor duda — dijo—, es usted una chica verdaderamente lista. Casi estoy por pensar que podría haberse pasado muy bien sin nuestra ayuda.

—Eso significa que no confía en su computadora.

—¡ Hum! Me pregunto por qué seleccionó su caso, atribuyéndole una categoría de máximo interés.

—Pregúnteselo cuando vuelva a Marte — le aconsejó ella en tono burlón—. ¿Qué haremos ahora, Kehlar?

—Por supuesto, conocer la lista de mercancías en su totalidad. Después, intentaremos hallar la clave secreta que sospechamos debe de contener.

—De acuerdo. Estoy dispuesta a someterme a hipnotismo cuando guste.

—Corina y Dolores ya han empezado. ¿Empezamos nosotros?

—¡ Adelante! — invitó Nancy con resuelto acento.

* * *

Las tres chicas se encontraban en un mirador del satélite, contemplando la Tierra, bajo ellas, a treinta y seis mil kilómetros de distancia. Kehlar y sus dos amigos repasaban minuciosamente las tres listas de artículos, obtenidas al fin a costa de largas horas de trabajo.

El cotejo duró casi dos horas más. Al terminar, Kehlar dijo:

—Las tres listas coinciden absolutamente. Ahora tenemos que hallar la clave contenida en la lista de mercancías.

—¿Estás seguro de que las tres coinciden? — preguntó Eccai.

Kehlar miró a su amigo con sorpresa.

—¿Por qué dices eso? — exclamó.

—Aquí, al final de todo, en la lista de Corina, hay una partida que dice: «Las Tres Gracias».

—¿Qué es eso? — inquirió Sittus, no menos extrañado que Kehlar.

—Tengo una vaga idea de una leyenda mitológica, terrestre, por supuesto. Pero lo raro es que no aparezca en las otras listas — contestó Kehlar.

—Si se trata de una leyenda, indudablemente es un cuadro o dibujo relacionado con ella — sugirió Sittus.

—Es muy probable. Bien, opino que nos convendrían doce horas de concentración absoluta por separado. Al terminar, volveremos a cotejar los resultados.

—Buena idea — aprobó Eccai—. Pero debiéremos hacer dos cosas: comer y conectar los sistemas de defensa automáticos.

—Una precaución indispensable — concordó Kehlar.

Después de tomar algún alimento, cada uno de los tres amigos se encerró en su habitación a piedra y lodo, aislándose por completo, a fin de hallar la clave contenida en las listas. Nancy y sus compañeras estaban previamente advertidas a fin de que no se alarmasen ni, por supuesto, les molestasen durante aquél período de aislamiento absoluto.

Transcurrieron doce horas.

Cuando faltaban pocos minutos para terminar el plazo, Nancy hizo una sugerencia a sus amigas:

—Saldrán muertos de hambre. Vamos a prepararles algo de comer.

La idea fue aceptada en seguida. En el satélite había una despensa abundante provista.

El primero en aparecer fue Kehlar. Estaba pálido y parecía muy fatigado.

Nancy le dirigió una mirada de ansiedad. Kehlar hizo un signo negativo.

—Nada — contestó.

Sittus dijo lo mismo treinta segundos más tarde. Eccai, al parecer, anunció haber fracasado por completo.

—¿Cómo es posible que no hayamos encontrado la clave? —exclamó Kehlar casi furioso.

—Si no se conoce una clave, no se puede descifrar el supuesto mensaje que contienen las listas— dijo Nancy —. ¡ Es tan fácil idear una clave secreta!

—Pero tiene que haber algún medio para descifrarla— gruñó Eccai.

Kehlar miró a sus amigos.

—Temo que no habrá otro remedio que preguntárselo a Sturdevant en persona — dijo.

—¿Querrá contestarnos? — dudó Eccai.

—Sturdevant no trabaja solo — manifestó Sittus—. Tiene varios ayudantes, los cuales son personas de toda confianza para él. ¿Por qué no empezamos por esos ayudantes?

Kehlar consultó a Nancy con la mirada.

—¿Qué opina usted? — preguntó.

—Nosotras conocemos solamente a Bob Hensley — dijo ella.

—Los otros dos son Ted Shaff y Jarrod Simón — manifestó Corina—. Es decir, son los más allegados al gran hombre.

—Podríamos repartirnos la tarea — opinó Kehlar—. Yo me quedo con Hensley, si os parece.

—Por mí, no hay inconveniente — admitió Sittus—. Yo trataré de ponerle la mano encima a Simón.

—Sé dónde vive — dijo Corina—. Le acompañaré, si no le importa.

—Me sentiré encantado de llevarla al lado — aceptó Sittus.

—Bueno, eso significa que Shaff me toca a mí

—dijo Eccai—. Dolores, ¿quiere ser mi pareja?

—Con mucho gusto — asintió la hermosa morena. Kehlar consultó su reloj.

—Necesitamos descansar — dijo—. Hemos tenido doce horas de tensión mental continua. Debemos dar al cerebro un descanso total durante ocho horas.

—Sí, resultará muy conveniente — concordó Sittus.

Y, en aquel momento, una lámpara roja empezó a centellear con rápidas intermitencias.

—¡ La señal de alarma! — exclamó Kehlar.

CAPÍTULO XI

Un segundo después, Kehlar corría hacia el cuarto de control, seguido de todos sus amigos. La lámpara seguía emitiendo sus destellos rojos.

Kehlar encendió una pantalla de televisión conectada a un potente telescopio. El radar le dio la posición del objeto sospechoso que se aproximaba y pronto apareció en la pantalla una astronave que seguía la misma órbita del satélite.

—Abajo falla algo —gruñó Sittus—. Alguien olvidó de dar nuestra posición orbital y esa nave viene hacia nosotros en órbita de colisión.

—¿Es que no tienen radar a bordo para evitar el choque?— preguntó Nancy.

—¿Acaso quieren evitarlo?

Era Eccai el que había hablado. Preocupado, Kehlar dijo:

—Resulta extraño, en efecto — murmuró—. Los aparatos de control de órbitas están muy perfeccionados y el fallo resulta casi imposible.

—Pero a veces se produce — dijo Sittus.

—En estas circunstancias, una órbita de colisión resulta altamente sospechosa. El piloto de esa nave debería haber sido advertido por su radar y no ha hecho nada por desviarla.

Kehlar bajó la vista hacia los instrumentos.

—Su órbita coincide con la nuestra centimétricamente — dijo—. El error es de nueve centímetros tan sólo.

—¿Qué quiere decir eso? — preguntó Nancy, intrigada.

—Muy sencillo: suponiendo sendas líneas que pasen por los ejes ideales del satélite y de la nave que se nos aproxima, la separación es de nueve centímetros únicamente, pero ambas líneas hipotéticas son paralelas.

—Además, su velocidad es superior a la nuestra — señaló Eccai.

—Es decir, que va a darnos alcance — dijo Dolores.

—Sí. A menos que lo evitemos, claro.

La astronave sospechosa continuaba acercándose. Kehlar lanzó una llamada por radio, que no obtuvo respuesta.

—Haz señales luminosas — indicó Sittus.

La sugerencia fue aceptada, con idénticos resultados.

—¡Se va a estrellar contra nosotros! —chilló Nancy, asustada.

—No habrá colisión, aunque lo siento por sus tripulantes— dijo Kehlar.

—Suponiendo que haya tripulantes a bordo.

Kehlar miró a Sittus, que era el autor de la frase.

—Puede que tengas razón — dijo.

Nancy tenía los nervios de punta. Súbitamente, a unos diez kilómetros de distancia, se produjo un vivísimo chispazo.

—Eccai, desconecta la señal de control de enlace con la Tierra — ordenó Kehlar—. De este modo, creerán que la colisión nos ha causado graves averías.

Eccai hizo lo que le mandaban. Delante de ellos, a diez mil metros, se divisaba la otra nave, al parecer inmóvil en el espacio.

—Nuestros sistemas de seguridad la han detenido — explicó Kehlar—. Pero esto no se hace sin liberar una potente descarga de energía, que ha debido de abrasar a cuantos se hallaban en su interior.

—¿Energía? — dijo Nancy.

—Sí, la que formaba nuestro sistema de seguridad. Al impacto, la astronave absorbió ese potencial de un solo golpe y en su interior se produjo instantáneamente una elevadísima temperatura, que ha debido acabar en el acto con toda vida humana.

Sittus se dirigió hacia la salida del cuarto de control.

—Voy a investigar — dijo.

—Te acompañaré — se ofreció Eccai —. Cuatro ojos ven siempre más que dos.

—Enviad un informe por radio — solicitó Kehlar.

Minutos más tarde, los dos marcianos, equipados con trajes de vacío, dotados de propulsores individuales, volaban por el espacio en dirección a la astronave sospechosa.

El informe llegó treinta minutos después:

—No hay nadie a bordo. La nave está completamente desierta.

—Gracias, Eccai — dijo Kehlar. Se volvió hacia Nancy—. Eso confirma mis suposiciones.

—¿Qué quiere decir? — preguntó ella.

—Sencillamente, que Sturdevant envió esa nave sin tripulación, gobernada en un principio a distancia, hasta que alcanzó la órbita de colisión, con el fin de destruir nuestro satélite. Y de no haber sido por nuestros sistemas de seguridad, ese pajarraco habría conseguido sus propósitos.

Kehlar tomó el micrófono:

—Está bien; Sittus, Eccai, ya podéis volver a casita. Nos esperan ocho inevitables horas de sueño, que nos están haciendo mucha falta.

Cerró la comunicación y miró a las chicas sonriendo.

—Mientras mis amigos y yo dormimos, considérense como en su propia casa — añadió.

* * *

—Sí, en efecto, amigo mío — fanfarroneó Sturdevant en tono amistoso—, viajo a Marte con objeto de aliviar a los terrestres vejados y perseguidos por un gobierno despótico, compuesto por xenófobos furibundos, que han hecho artículo de fe su odio a nuestro planeta y sus habitantes. Quiero padecer con los perseguidos, sufrir con ellos, sentir en mi propia carne las vejaciones e indignidades que sienten y, en fin, ser uno más de ellos, en la desdicha y la adversidad, hasta que llegue el día, no lejano, en que podamos levantar la frente y no bajar la mirada ante el desprecio de los orgullosos marcianos. ¿Alguna pregunta más, amigo mío?

—Muchas gracias, señor Sturdevant — dijo el entrevistador de la televisión—. Sus palabras son muy nobles y están llenas de un altruismo digno de los mayores elogios. En nuestra próxima emisión, saldrá al aire esta entrevista.

—Gracias a usted, amigo mío — contestó Sturdevant en tono benigno—. ¿Vamos, Jarrod, Ted?

Los tres hombres, seguidos de Laird y Monn, que desempeñaban el papel de sirvientes y guardaespaldas, todo en una pieza, se dirigieron hacia la astronave que aguardaba en su pista de despegue. Sonriendo de lado, Sturdevant dijo:

—¿ Qué os ha parecido mi discurso?

—Magnífico, jefe — alabó Simón.

—Conmovedor — agregó Shaff.

—Las elecciones son dentro de tres semanas — dijo Sturdevant —. Entonces daremos el golpe.

—Y usted se convertirá en...

—¡Chitón!—interrumpió Sturdevant a Simón—. Ya estamos llegando al control de pasajes.

Simón miró a su compinche y le guiñó un ojo:

—No habrá obstáculos — dijo en voz baja—. Eliminados «Los Tres Justicieros de Marte», ¿ quién nos va a parar, Ted?

—Nadie, en efecto, Jarrod — confirmó Shaff con amplia sonrisa.

* * *

—¡Qué granuja!—se escandalizó Nancy, cuando hubo acabado la entrevista que el informador de la televisión había sostenido con

Sturdevant en el astropuerto.

—¿A quién llama granuja? — preguntó Kehlar, que entraba en aquél momento.

—¿A quién va a ser? A Sturdevant, naturalmente — contestó la muchacha, quien, acto seguido relató a Kehlar lo que ella y sus amigas acababan de ver en el noticiero televisado.

—De modo que se ha ido a Marte — murmuró Kehlar pensativamente, cuando ella hubo acabado su relato.

—Sí, y le acompañaban unos cuantos tipos, Simón y Shaff entre ellos — contestó Nancy.

—¿ Hensley?

—No. Ése se habrá quedado en la Tierra seguramente para continuar al frente de la oficina.

Eccai y Sittus entraron en aquel momento.

Kehlar les puso en antecedentes de lo que sucedía. Luego dijo:

—Vosotros emprenderéis viaje hacia Marte. Nancy y yo liaremos una visita a Hensley. Nos mantendremos en contacto, ¿entendido?

—¡De acuerdo!

—Nancy, vámonos — dispuso Kehlar sin aguardar a más.

—Le había preparado comida... — dijo ella tímidamente.

—Comeré en el descenso hacia la Tierra. Sittus, Eccai, no hagáis nada, hasta que recibáis mis noticias, a menos que resulte algo de suma urgencia.

—Ve tranquilo — contestó Sittus.

* * *

—Es indudable que Sturdevant trama algo — dijo Kehlar en tono preocupado, mientras la nave en que viajaban describía una órbita espiral de aproximación—. ¿Qué es lo que trama?

—Es un político muy astuto, pero aquí no tiene muy buena prensa ya — contestó Nancy.

—Sturdevant es de los hombres que saben recuperarse de todos los golpes y después de cada uno, emergen con mayor fuerza todavía que antes. Estoy seguro de que no va a Marte para nada bueno.

—Kehlar — dijo Nancy—, ¿es cierto que la situación está tan mal?

El marciano se sorprendió de la pregunta.

—¿Qué quiere decir, Nancy? — exclamó.

—Bueno, Sturdevant acusó a los marcianos de xenofobia y de tener humillados y vejados a los terrestres. ¿Qué hay sobre el particular?

—Nancy, si hubiéramos seguido una política semejante, ¿crees que en cien años la población terrestre hubiese igualado en número a la marciana autóctona?

—Eso no significa nada. Pueden permitirles estar allí, pero aprovecharse de ellos y de su trabajo y no concederles los mismos derechos.

—Nancy, salvo el terrestre recién inmigrado, todos los demás poseen los mismos derechos que un marciano con mil generaciones de antepasados. Naturalmente, antes de concederse esos derechos a un inmigrado es preciso dejar pasar un tiempo prudencial, pero que nunca excede de cinco años intermedios. Pasado ese tiempo, si el inmigrante lo pide, se convierte en un marciano más.

—¿Y si no lo pide?

—Entonces es que quiere regresar a la Tierra, en lo cual no hay jamás ningún impedimento.

—Pero podría quedarse allí sin dejar de ser terrestre, al menos oficialmente.

—La gente hoy no piensa ya como antes — contestó él—. El que se decide a vivir en Marte es que se considera un marciano más.

—Pero si no quiere serlo, se le expulsa.

—¿No hacen lo mismo en la Tierra con los marcianos en análogas condiciones?

Nancy se quedó muy pensativa.

—Esas trabas debieran desaparecer — dijo, tras unos segundos de reflexión—. Marte y la Tierra son los únicos planetas habitados del Sistema Solar. ¿Por qué semejantes discriminaciones?

—En mi opinión, deberían suprimirse, pero siempre quedan tipos como Sturdevant. Ello es el motivo de tales restricciones, que, repito, lo son más de nombre que oficiales.

—Muy bien — dijo ella—, dentro de unas tres semanas, se celebran elecciones para presidente del planeta marciano. Se presentará un marciano, por supuesto, y resultará elegido. ¿Qué sucedería si la elección recayese en un terrestre?

—¿ Sturdevant?

—Podría ser.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—No lleva los cinco años intermedios de residente, que le capacitarían para optar al puesto. Puede votar, pero no ser elegido.

—Entonces, ¿ qué es lo que se propone?

Kehlar suspiró.

—Esperemos que Hensley pueda decírnoslo — respondió.

CAPÍTULO XII

—¿Te vas a dormir?

—Sí, cariño — respondió la señora Hensley, bostezando aparatosamente—. Estoy muerta de sueño. ¿Tú te quedas?

—Quiero ver un rato la televisión. Espero noticias sobre la campaña electoral en Marte.

—Se presenta un buen negocio, ¿eh, Bob?

—Regular — contestó Hensley con fingida modestia.

Martha Hensley subió las escaleras que conducían al primer piso. A los pocos minutos, dormía profundamente.

Por dicha razón, no se enteró de la inesperada visita que recibió su esposo, cuando más enfrascado estaba contemplando el programa de televisión.

Hensley se quedó pasmado al ver que se abría la puerta y que entraban dos personas, a una de las cuales conocía de sobra.

—Na... Nancy Callahan... — dijo aturdidamente.

—La misma, señor Hensley — replicó la muchacha—. Le presento a Kehlar, de Marte. Kehlar, éste es mi antiguo jefe, Bob Hensley.

—Hola — saludó el marciano, agitando la mano, derecha.

—Por si no lo sabía, le diré que Kehlar es uno de «Los Tres Justicieros de Marte» — añadió Nancy.

—Pero... eso no... no puede ser... — tartamudeó Hensley.

—¿Porque tenía que estar muerto? — preguntó Kehlar sonriendo.

Hensley creía soñar.

—Siéntese, por favor—invitó Kehlar—. Y no grite, se lo ruego.

La mano de Kehlar se apoyó delicadamente en el hombro del aturdido Hensley, quien creyó que le empujaba un gigante de leyenda. A pesar de que intentaba resistirse, tuvo que sentarse en un sillón.

—¿Hay alguien más en la casa? — preguntó Kehlar.

—Su esposa, pero debe de estar ya en el dormitorio— contestó Nancy.

—No la molestaremos — dijo el marciano —. Pero, en cambio, el amigo Hensley contestará a algunas preguntas, que aclararán las dudas que tenemos.

—No... no contestaré...

Kehlar sonrió.

—Nancy, póngase las gafas del doctor Grupski, ¿quiere?

—Ahora mismo — accedió ella. Instantes después, exclamaba— ¡Vaya qué cerebro tan sucio tiene! ¡Parece carbón!

—Mi cerebro está bien...—protestó Hensley.

—La señorita Callahan tiene razón; su cerebro es una carbonera — dijo Kehlar duramente. Sacó unos cuantos papeles y los blandió —: Son las listas de mercancía que usted dio a copiar a las chicas de la oficina. ¿Cuál es la clave?

Hensley apretó los labios. Kehlar hizo un gesto con la mano.

—Ordéneselo, Nancy.

—Responda — dijo la muchacha.

—La llave está en los originales — contestó Hensley.

—¿Cómo? — se asombró Kehlar—. Entones, estos nombres no quieren decir nada...

—Los papeles que fueron grabados con las listas estaban preparados de antemano, con otras listas escritas con tinta invisible.

—Ahora lo comprendo — exclamó Kehlar—. Pero ¿qué dicen esos escritos?

Hensley dio una respuesta aún más sorprendente que la anterior. Kehlar y Nancy se quedaron atónitos.

—Tenemos que impedirlo — dijo ella a toda costa.

—Sí, pero de tres listas, dos están en poder de Sturdevant... ¿O las enviaron a su delegación de Marte?

—Sí, están allí desde hace ya muchos días — contestó Hensley.

Kehlar se volvió hacia la muchacha.

—Nosotros podemos disponer de otra lista, pero no sabemos dónde está — dijo.

—Se la llevó Corina — respondió Nancy.

—O Dolores. —Kehlar se mordió los labios—. Pero tiene que ser Corina.

—Es la única de las tres que agregó un artículo más a la lista de mercancías. No quisiera equivocarme, pero estoy seguro de que no lo hizo sin un poderoso motivo.

—Pero ella no sabe por qué lo hizo — alegó Nancy.

—Tal vez lo hizo en estado crepuscular... De todas formas, esto tiene fácil solución. Nancy, ordénele que lo olvide todo, incluida nuestra visita.

—Sí, Kehlar. Señor Hensley, olvide que hemos estado aquí.

—Ustedes no han estado aquí nunca — contestó Hensley con voz monocorde.

Salieron de la casa. En el exterior, Nancy preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, Kehlar?

—Vamos a ir a su casa. Necesito su televisor para ponerme en

contacto con mis amigos — declaró el marciano.

* * *

—Una de las dos tiene el original de las listas de artículos — dijo Sittus—. Mejor expresado, uno de los tres originales.

Corina y Dolores se miraron una a otra, asombradas.

—Yo no recuerdo — dijo la primera.

—Yo tampoco — manifestó la morena.

—No nos gusta, pero tenemos que hacerlo — habló Eccai.

—¿Qué es lo que van a hacer? — inquirió Dolores.

—Hipnotizarlas.

Hubo un momento de silencio.

Las chicas dudaban. Al fin, Dolores, encogiéndose de hombros, accedió:

—Cuando quieran.

Sittus sonrió.

—Gracias por su cooperación, pero ya saben que no sufrirán daño alguno ni quedarán secuelas perniciosas en sus mentes — dijo —. ¿Eccai?

—Ahora mismo — respondió el aludido.

Dolores y Corina se sentaron en dos cómodos sillones. Eccai salió de la estancia a los pocos momentos con una pistola de inyecciones.

—Pondré la dosis mínima. El estado de hipnotismo no debe durar demasiado.

Dolores levantó el brazo izquierdo. Eccai apoyó la boca de la pistola sobre la piel y apretó el gatillo.

El mecanismo de inyección estaba cronometrado electrónicamente, de acuerdo con la dosis requerida. En aquel caso, el tiempo era solamente de sexto de segundo.

Corina recibió también su inyección. Pasaron algunos minutos.

Los dos jóvenes descansaron con entera normalidad. Sittus preguntó:

—¿Quién tiene la lista?

—Yo — respondió Corina.

—Y yo sé dónde está —añadió Dolores.

—¿Cómo es eso? — exclamó Sittus.

—Corina me lo dijo, no sé más.

Sittus se volvió hacia la rubia.

—¿Corina?

—No recuerdo cómo lo hice, Tal vez una reacción de defensa contra algo a que me querían obligar contra mi voluntad —

respondió la aludida.

—Bien — intervino Eccai—, ahora eso es lo de menos. Lo importante es saber dónde está.

—Debajo de la tercera Gracia — contestaron las dos chicas al unísono.

—¿La tercera Gracia? — repitió Sittus, extrañado.

—¿Quién habló una vez de las tres Gracias? — murmuró Eccai.

Los dos marcianos se miraron.

—Habrá que despertarlas — dijo Sittus.

—Sí — afirmó Eccai.

Instantes más tarde, colocaba a las muchachas una inyección de resultados opuestos a la anterior.

Dolores y Corina abrieron los ojos a los pocos momentos.

—¿Hemos dicho algo interesante? — preguntó la morena.

—Las listas están debajo de la tercera Gracia — respondió Sittus.

—Claro — sonrió Corina—. Es muy sencillo. En mi jardín, hay un pequeño estanque, con un grupo escultórico en el centro. Es una reproducción mitológica del juicio de París.

—No estoy muy versado en mitología terrestre — se lamentó Eccai.

—Se lo explicaré luego — dijo Corina—. Pero ahora lo más interesante sería comunicárselo a Kehlar, ¿no creen así?

—Desde luego — concordó Sittus—. Ahora bien, si se trata de un grupo escultórico, esas listas, ¿están bajo los pies de las estatuas?

—En cierto modo. El grupo escultórico está sobre un pedestal circular, parcialmente sumergido en el estanque. Ese pedestal no es totalmente macizo, sino que más bien es una plataforma sostenida por cuatro pilares de cemento. Los pilares quedan por completo bajo el agua y entre el fondo y la plataforma hay un espacio de unos treinta centímetros. Ahí, justamente bajo los pies de Venus Afrodita, están las listas.

—Se habrán mojado — dijo Eccai.

—Tuve la precaución de guardarlas en una bolsa impermeable.

—Usted piensa en todo — sonrió el marciano.

Sittus se alejó hacia el cuarto de comunicaciones. Eccai quedó con las chicas.

—Me gustaría saber por qué lo hizo y por qué sólo lo ha recordado en estado hipnótico — dijo Eccai.

Corina suspiró.

—A mí también — contestó—. A menos que ese acto que realicé involuntariamente esté relacionado con la visita que hice tiempo atrás al doctor Grupski.

* * *

Sin la menor vacilación, Kehlar se metió en el estanque, vadeó los seis metros que había de la orilla al grupo escultórico y luego, agachándose introdujo la mano debajo del pedestal.

—Aquí está — exclamó triunfalmente.

Al erguirse, enseñó la bolsa impermeable que contenía las listas. Nancy sonrió satisfecha.

—Por fin vamos a conocer el secreto — dijo.

Kehlar salió del estanque.

—Vamos a la casa — propuso.

—Corina no está...

—No le importará mucho que nos adueñemos de su casa durante unas horas — sonrió él.

Tuvieron que entrar por una de las ventanas. Una vez en la sala, Kehlar abrió la bolsa y examinó atentamente los papeles.

—Es tinta invisible, en efecto — dijo—, pero sin conocer la fórmula del reactivo que la hará visible no me atrevo a hacer nada. Hay tintas de una tal composición, que si se emplea otro reactivo distinto, destruyen el papel por autocombustión.

—Es un problema peliagudo, en efecto — admitió Nancy—, pero ¿no tendrá Corina el reactivo en casa?

Kehlar paseó la mirada por la estancia.

—Es un edificio grande — dijo—. Podríamos estar buscando horas y horas sin encontrar nada...

De pronto, sintió en el anillo la señal de llamada.

—Espere un momento — dijo —. Tengo que hablar con el satélite.

Conectó el anillo al televisor y dio el contacto. Momentos después, aparecía en la pantalla el rostro de Eccai.

—¿Has encontrado la bolsa, Kehlar?

—Sí, todo está ya en nuestro poder, pero no me atrevo a volver visibles las inscripciones. No conozco la fórmula del reactivo y temo que, si empleásemos otro, pudieran destruirse los papeles.

—¿Por qué no se lo preguntas a Hensley? Tal vez él tenga una dosis de ese reactivo, ¿no crees?

—Sí, es una buena idea y ahora mismo lo haremos. ¿Algo más, Eccai?

—En efecto. Tengo una noticia para ti. Corina visitó al doctor Grupski poco antes de todo este jaleo.

Kehlar arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Sentía unas fuertes jaquecas desde hacía tiempo y se le ocurrió

visitarle. No olvidemos que Grupski, a pesar de todo, era médico también.

—¡Qué casualidad!—dijo Kehlar—. ¿Qué más, Eccai?

—Bueno, Corina sospecha que Grupski la hipnotizo, ordenándole quedarse con una lista. Pero lo que ella opina es que fue una reacción instintiva de autodefensa, tal vez porque su subconsciente posee demasiada energía mental, y como la orden de Grupski debió parecerle algo reñido con la ética, se levantó una noche y ocultó las listas. Lo hizo en estado crepuscular y lo olvidó por completo, hasta que nos lo ha revelado a nosotros.

—Sí, eso debió de ser — convino Kehlar —. Bien, hablaremos ahora con Hensley. Ya os comunicaremos el resultado.

—De acuerdo, Kehlar. Voy a tratar de averiguar por qué Dolores lo sabía también y no dijo nada. Ella no había visto a Grupski. Extraño, ¿no?

—Extraño, pero debe de haber alguna explicación. Encuéntrala, compañero.

—Lo procuraré — respondió Eccai. Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO XIII

—¿Servirán las gafas del doctor Grupski a través de la televisión? — dudó Nancy, situada ante el visófono de la casa.

—Probaremos. De otro modo, tendríamos que visitar personalmente a ese tipo. Hágalo usted, ya que las usó antes.

—Conforme.

La muchacha puso el índice en una de las teclas numéricas del aparato, pero antes de presionarla, se detuvo y dijo:

—Es curioso. ¿No hipnotizaría Corina a Dolores al comunicarle el paradero de las listas?

—Quizás, pero me parece dudoso. De todas formas, Eccai y Sittus encontrarán la solución — contestó Kehlar.

Nancy marcó por fin el número de Hensley. Inmediatamente, se caló las gafas del doctor Grupski.

La cara de Hensley apareció a los pocos instantes en la pantalla. Sin el menor titubeo, Nancy dijo:

—Tenemos las listas en nuestro poder. Ahora queremos el reactivo que hará visible las inscripciones.

—Lo siento. No lo tengo yo.

—¿Sturdevant?

—Sí.

—¿Se trata de una fórmula especial?

—Sí.

—¿La tiene él en algún sitio particular?

—Lo ignoro.

Nancy se volvió un instante hacia Kehlar. El marciano hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

—Eso es todo, señor Hensley — dijo ella—. Olvidé nuestra conversación.

—Sí, señorita Callahan.

Nancy presionó la tecla de cierre. Se quitó las gafas y miró a Kehlar sonriendo.

—Resultó — dijo.

—Son unas gafas maravillosas, en efecto — convino él sonriendo.

—A mí me extraña una cosa, Kehlar.

—Dígame, Nancy.

—Grupski. Nosotros escapamos de ««La Residencia». Yo le dejé sin sentido, pero ya no hemos vuelto a saber nada de él.

—Es cierto; ni siquiera se le vio en el séquito de Sturdevant.

—Extraño, ¿verdad?

Kehlar meditó unos instantes.

Luego dijo:

—Quizá no tan extraño como parece. Es muy posible que Grupski no permanezca ya en el mundo de los vivos.

Nancy se estremeció.

—¿Usted cree?

—De un tipo como Sturdevant hay que esperarlo todo —respondió el marciano con acento sentencioso.

—Sí, es probable que tenga usted razón. Ahora bien, me asalta una duda, Kehlar.

—¿De qué se trata, Nancy?

—El reactivo. ¿Cómo piensa conseguirlo usted?

Kehlar sonrió.

—Si viene conmigo a Marte lo sabrá — respondió—. ¿no ha estado nunca allí?

—Nunca, pero me imagino que debe ser un planeta fascinante.

—No está mal — dijo Kehlar—. ¿Vamos a conocer mi mundo natal, Nancy?

—Vamos Kehlar.

* * *

A Nancy le costaba trabajo disimular su admiración.

Caminaba al lado de Kehlar por una de las calles más importantes de la capital marciana. Por encima de ellos, varios cientos de metros de altura, se elevaba el techo de una cúpula transparente que, encerrando la atmósfera a una presión adecuada, proporcionaba aire suficiente para las necesidades de sus habitantes.

Había millares de cúpulas, ninguna de las cuales medía menos de mil metros de largo. No existían vehículos individuales, salvo en el exterior. Bajo las cúpulas, los desplazamientos se realizaban a base de aceras deslizantes, las cuales eran más rápidas en los túneles subterráneos, que se usaban para viajes de cierta duración.

Nancy había estado también en una ciudad subterránea, en donde había podido admirar incontables muestras del arte marciano. Constreñidos a vivir en el subsuelo, los habitantes del cuarto planeta habían desarrollado un arte singular, además de una floreciente civilización que ahora se desarrollaba inconteniblemente en el exterior, bajo las cúpulas.

De repente, Kehlar sintió la señal de llamada de su anillo.

—Perdone un momento, Nancy — rogó. Se acercó el anillo a los

labios y dijo —: Adelante, listo para comunicar.

—Soy Eccai. Sturdevant acaba de formalizar una solicitud de matrimonio en la oficina correspondiente.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. La interesada se llama Hythia Förr.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—Corriente, ni muy vieja ni muy joven, ni guapa ni fea... No obstante, se le ven maneras distinguidas, Kehlar.

—¡ Hum! Esto me da la sensación de ser una carta que acaba de sacarse de la manga, Eccai.

—Yo también, Kehlar, pero ¿cuál es la siguiente jugada con esa carta?

—De momento, no se me ocurre nada, pero ya te diré en cuanto tenga una idea. ¿Qué hace Sittus?

—Vigila a los esbirros de Sturdevant .

—Conforme. Nos reuniremos a la noche en casa.

—Hasta la vista.

Kehlar cortó la comunicación.

Nancy, que le observaba atentamente, captó su preocupación.

—¿Qué sucede ahora? — inquirió.

Kehlar le relató la noticia que acababa de recibir y concluyó:

—Pero no se me ocurre para qué ha de casarse Sturdevant a estas alturas y precisamente con una dama marciana.

—¡ Ah! De modo que ella es nativa.

—Sí, Nancy.

Ella le miró con ojos chispeantes.

—Entonces, está clarísimo — exclamó.

—¿Lo comprende usted? — preguntó Kehlar.

—Pero, hombre... — Nancy se echó a reír—. Parece mentira que usted sea también de Marte. Sturdevant se casa con una marciana e, inmediatamente adquiere la plenitud de derechos civiles marcianos, sin tener que dejar pasar ese plazo de cinco años intermedios que necesitaría de otro modo.

Kehlar se golpeó la frente.

—¡ Es verdad! — exclamó —. ¡qué tonto soy! Le aseguro que no se me había ocurrido, Nancy.

Ella sonrió.

—Ande, comuníqueselo a Eccai. Y dígale que sería conveniente también que adquiriese informes de la futura señora Sturdevant.

—Empiezo a sospechar que es usted una ayudante mucho más

valiosa de lo que parece a simple vista — dijo él.

Nancy hizo un ligero mohín.

—Soy una chica despabiladilla, simplemente — contestó.

* * *

—Hythia Förr estuvo casada ya una vez, pero su esposo se perdió en una exploración espacial. Tiene un notable patrimonio particular, además de la pensión que recibe por su viudedad. Por línea materna, está emparentada con los Glonz — informó Eccai.

Kehlar silbó.

—No cabe la menor duda, es de una familia de alcurnia. Sturdevant ha sabido elegir bien.

—¿Es muy noble Hythia? — preguntó Dolores.

—Si estuviésemos en la Tierra, diríamos que desciende de reyes. En tiempos remotos los hubo en Marte.

—Eso dará prestigio a su matrimonio — opinó Corina.

—Por eso se casa con Hythia. Personalmente, creo que ella es ajena a las manipulaciones de Sturdevant — declaró Eccai —. Lo que pasa es que Hythia, como todo ser humano, tiene su poquito de vanidad...

—Y ganas de dejar de ser viuda — rió Sittus.

—Otra cosa—dijo Kehlar—. ¿Has averiguado dónde está Sturdevant?

—Sí, se aloja en el «Hessmoran», piso treinta y dos, habitación dieciocho.

—¿Conoces la ubicación?

—Te trazaré un croquis, Kehlar.

Nancy miró al marciano.

—¿Piensa ir? — preguntó.

—Esta misma noche—respondió él sin vacilar—. Eccai, creo que necesitaré un propulsor antigravitatorio— añadió.

—Más una superbarrena y pasta molecular de vidrio. La «suite» dieciocho está blindada. Es la que se destina a personajes de importancia.

—Sturdevant no se fía, ¿eh?

—En tu lugar, tampoco te fiarías, ¿verdad?

* * *

Situado al pie del elevado edificio, por la parte posterior, cargado con una mochila de regulares dimensiones, Kehlar presionó el mando de su propulsor individual y empezó a elevarse en el aire.

A la altura del piso treinta y a casi cien metros sobre el nivel de la calle, maniobró para rodear el edificio y pasar a la fachada anterior, donde estaba situada la habitación de Sturdevant. Llegó a una de las ventanas que correspondían a la misma y, echando la mano hacia atrás, sacó un objeto parecido a una pistola.

Era la superbarrena que le habían recomendado. El aparato mordió con facilidad el vidrio, que tenía un espesor de tres centímetros, sin hacer el menor ruido, debido al elevadísimo número de revoluciones por minuto. Un aspirador recogía el polvillo del vidrio, que era depositado en una bolsa adecuada.

Apenas trazó el primer orificio, Kehlar sacó un pulverizador a presión y disparó un chorro de gas al interior de la estancia. Era un narcótico de efectos instantáneos.

Continuó trabajando. Pocos minutos más tarde, había abierto un orificio de la anchura suficiente para poder pasar sin dificultad. El propulsor le mantenía estático, suspendido a ciento diez metros sobre la calle, sin la menor dificultad.

En silencio, depositó en el suelo de la habitación la placa de vidrio separada del de la ventana y pasó al interior. Sturdevant dormía apaciblemente.

Kehlar se acercó a la cama.

—¿Dónde está el reactivo que hará visible la escritura contenida en las listas? — preguntó.

La mano del político se movió lentamente.

—Allí, en el asa de mi cartera — contestó sin abrir los ojos.

Kehlar volvió la cabeza. Sobre una silla se divisaba una gruesa cartera negra, de asa algo mayor que lo normal.

—¿Cómo se saca? — preguntó.

—Es preciso levantar la tirilla del extremo. Dentro del asa hay un pequeño pulverizador a presión.

—Gracias.

Kehlar se acercó a la cartera, divisó la tirilla y, con dos dedos, la levantó suavemente, despegándola del resto del asa. Había un hueco de forma alargada, en cuyo interior divisó un delgado pulverizador, poco más grueso que un lápiz corriente.

Guardó el pulverizador y dejó el asa tal como la había encontrado.

Regresó a la ventana. Colocó la placa de vidrio en el hueco y sacó un depósito, que era un pulverizador de vidrio líquido a presión.

El vidrio líquido se solidificó al simple contacto con el aire y cubrió los huecos en pocos minutos. Kehlar, a continuación, instaló

un suplemento de pulidora en la barrena y dejó que el cristal recobrase su aspecto anterior.

Al terminar, tan silenciosamente como había llegado emprendió el regreso. Los efectos del narcótico se habían disipado ya, pero el político continuaba durmiendo apaciblemente sin enterarse de lo que había sucedido.

CAPÍTULO XIV

El Papel estaba apoyado sobre una mesa. Kehlar colocó el pulverizador a unos centímetros de distancia y lanzó un chorro de reactivo.

Segundos más tarde, las listas de mercancías desaparecieron y, en su lugar, surgieron infinidad de nombres, con sus direcciones.

Sittus, provisto de una cámara fotográfica, tomó una placa, en precaución de que la acción de reactivo fuese demasiado breve. Kehlar reveló las inscripciones de las restantes listas, encontrando al final de la misma una anotación singular:

DÍA 17, 1330 HORA MARCIANA,
VALS DEL NÉBULOS,
INTERPRETADO POR EL
BALLET PLANETARIO MARCIANO

—¿Qué diablos quiere decir esto? — preguntó Sittus, pasmado.

—Esa es una contraseña — advirtió Nancy.

—Sí—murmuró Kehlar—. Una contraseña. Todos los tipos mencionados en esta lista tendrán que hacer algo después de la actuación del «ballet».

—Pero no sabremos qué harán — alegó Eccai.

Kehlar golpeó las listas con la mano.

—Hay más de diez mil nombres — dijo—. Se trata de una vasta conspiración urdida por Sturdevant, para apoderarse de los resortes del poder, el día de la votación. Todos son terrestres y, según las estadísticas, en los últimos años, se ha producido un incremento anormal de inmigrantes.

—El plan viene de lejos — calculó Sittus.

—Sí, un plan largamente elaborado, para beneficio de Sturdevant. Después de la contraseña, les daría las instrucciones definitivas.

—¿Cuánto queda para la votación? — preguntó Eccai.

—Cinco días.

—No es mucho.

—Suficiente, si actuamos con discreción.

—¿Tienes algún plan? — inquirió Sittus.

Kehlar volvió los ojos hacia Nancy.

—Sí, tengo un plan que no puede fallar — contestó.

* * *

La actuación del «Ballet Planetario Marciano» fue acogida con satisfacción por los espectadores. A continuación, el presentador de la única emisora de televisión del planeta anunció que la profesora María Slatter iba a dar una conferencia sobre arte primitivo terrestre.

Nancy apareció en la pantalla.

Estaba desconocida, con una cara que correspondía a una mujer mucho mayor que ella y el pelo gris, hábil obra de los maquilladores de los estudios de televisión.

Nancy se sentó ante una mesa, puso sobre la misma su bolso y extendió unos papeles. Hizo una inclinación de cabeza y, tras sacar del bolso unas extrañas gafas, se las encasquetó con pausados ademanes.

Luego empezó a hablar:

—Mi discurso va dirigido a todos los que han recibido como contraseña la actuación del «Ballet Planetario Marciano», es decir, a los amigos y compinches de Sturdevant. Tenéis ciertas órdenes que cumplir el día de la votación. Esas órdenes han quedado canceladas. Por el contrario, a partir de mañana mismo, empezaréis a solicitar los pasajes de vuelta para la Tierra, olvidando para siempre el nombre de Sturdevant. Eso es todo.

Nancy se quitó las gafas.

—Y ahora, amigos míos, hablemos del arte primitivo terrestre...

Kehlar y sus amigos, con Corina y Dolores, presenciaban la emisión.

—¿Dará resultado? — dudó la hermosa morena.

—Mañana mismo nos pasarán información de la oficina de viajes espaciales — contestó Eccai.

—¿Costó mucho hacer que Nancy se presentara ante las cámaras? — quiso saber Corina.

Kehlar sonrió maliciosamente.

—No mucho — respondió.

—El director de la emisora está casado con su hermana — explicó Sittus.

—¡Qué granuja! —dijo Dolores, riendo.

—Por cierto — exclamó Kehlar —, todavía no he logrado explicarme cómo usted se enteró de dónde estaban escondidas las listas y luego lo olvidó.

—No hay más que una explicación — contestó Dolores.

—¿Cuál es?

—Corina me llamó en lo más profundo de mi sueño. Ella sí estaba narcotizada, pero ¿qué le pasa muchas veces a una persona

sorprendida por una llamada en lo más profundo de su sueño?

—Recibe esa llamada, escucha, entiende lo que le dicen, pero a veces sucede que lo hace sin despertarse, en un estado muy similar al del sonambulismo.

—Exactamente — confirmó Dolores—. Yo entendí a la perfección lo que me decía Corina, pero lo olvidé en el acto.

—Sí, pero ¿ por qué la llamó a usted solamente y no también a Nancy?

—Debí de hacerlo — contestó Corina—, pero Nancy había ido a pasar unos días con sus padres y, lógicamente, no me contestó.

—Eso lo aclara todo — dijo Kehlar.

—Ya sólo falta una cosa— manifestó Eccai.

Todos le contemplaron con atención. Tras una ligera pausa, Eccai añadió:

—Sólo falta esperar la reacción de Sturdevant.

* * *

Con un papel en las manos, Sittus entró en la pérgola, donde Kehlar y los demás estaban reunidos, charlando apaciblemente. Sittus miró a sus amigos y sonrió:

—Hay una aglomeración extraordinaria en la oficina de pasajes — dijo.

—Todos terrestres, claro — habló Sittus.

—Salvo el porcentaje normal de viajeros marcianos.

De pronto, se sintió una señal de llamada en la casa.

—Federico irá a abrir — dijo Eccai.

El mayordomo abrió y se encontró con cinco individuos que parecían muy enojados.

—¿Qué desean los señores? — preguntó cortésmente.

Sturdevant lo apartó de un manotón.

—¡Quítate de en medio, imbécil! —bramó.

Seguido de la cuadrilla atravesó la casa y salió al jardín. Kehlar y los demás le contemplaban con atención, las muchachas con cierto temor.

—Amigo Sturdevant — sonrió Kehlar —, es un placer recibirlo en nuestra casa. ¿ Quiere tomar una copa?

Sturdevant estaba congestionado de ira.

—He venido a saldar cuentas — anunció.

—¿De veras? — El tono de Kehlar era apacible, sin estridencias —. ¿Le debemos algo?

—Me deben el fracaso de mis planes.

—Ah, ya, esos planes que consistían en apoderarse del poder en

Marte. Si mal no recuerdo, por su matrimonio, es usted ya un ciudadano marciano. ¿Se encuentra bien la señora Sturdevant?

—Se encuentra... — El político estaba a punto de explotar—. Vamos a solucionar este asunto de una vez.

—¿Sí? ¿Tiene alguna sugerencia al respecto?

—La tengo. Tardaré en conseguirlo, pero al fin llevaré a cabo mis planes.

—Que son convertirse en presidente de Marte a cualquier precio.

Sturdevant emitió una cínica sonrisa.

—¡Vaya! ¡Al fin lo ha adivinado! —exclamó.

—Lo habíamos adivinado hace algún tiempo, desde que su socio Hensley entregó ciertas listas a tres hermosas dictógrafas y usted empezó a preocuparse por la que faltaba. Sus compinches están volviendo a la Tierra, ¿lo sabía?

—¿Como lo han conseguido? — preguntó Simón, admirado.

—Las gafas del doctor Grupski.

—Perder esas gafas ha sido nuestra ruina, jefe — se lamentó Shaff.

—No lo duden — dijo Kehlar —. Merced a ellas, la supuesta profesora Slatter impartió la orden de regreso a la Tierra a todos los que se disponían a coaccionar a los votantes el día de la elección, a fin de que usted saliese elegido. Un procedimiento típico terrestre, pero que aquí nunca dará resultado, Sturdevant.

—Lo dará, lo dará — dijo el político con rabia en su voz—. No importa dejar pasar unos cuantos años más. La gente olvida fácilmente.

—Dudo mucho que eso suceda en Marte, de donde, por lo menos será expulsado para siempre — anunció Kehlar con frío acento.

Sturdevant palideció. Kehlar se puso en pie.

—No queremos en Marte ladrones, chantajistas, contrabandistas ni manipuladores de la voluntad pública. Usted es un político fullero y desacreditado, cuyos triunfos han sido debidos siempre al fraude y la ilegalidad. Marte caería en la sima más profunda de su historia si usted llegase a ser su presidente, pero eso no sucederá. Usted no se enriquecerá a costa de los habitantes de Marte, nativos o terrestres, ni conseguirá imponer su voluntad a quienes sienten hacia usted una inevitable repugnancia.

El político se rehízo.

—Eso ya lo veremos — contestó —. Repitió que queda tiempo, pero a ustedes no les dejaré otra opción para interferir mis proyectos.

—¿Va a matamos, como hizo con Grupski?

Sturdevant respingó ligeramente.

—Grupski no... Bueno, éste es otro tema de discusión por el momento. Lo único que les conviene saber es que «Los tres Justicieros de Marte» van a dejar de ser hombres justos en unos instantes.

—¿Y las chicas? — preguntó Kehlar sonriendo.

—Ellas también.

—Y mi mayordomo y mi esposa... Oiga, se ha levantado usted esta mañana con ganas de matar gente.

—¡ Basta! — rugió Sturdevant —. Vamos con ellos, Steve, Bick.

Laird y Monn desenfundaron sendas pistolas disolventes. Pero no tuvieron tiempo de emplearlas.

Las armas se convirtieron sorprendentemente en sendos ramos de flores. Laird y Monn se quedaron con la boca abierta.

Sonó una risita.

Kehlar dijo:

—Lo primero que tenían que haber hecho es apoderarse de las gafas del doctor Grupski. Y ahora, por favor, miren a su izquierda.

Los cinco terrestres, sorprendidos, obedecieron.

—Les presento al capitán Ouya, de la policía marciana, quien ha escuchado todo lo que se ha hablado aquí. El capitán Ouya — habló Kehlar con pasmosa sangre fría — presentará contra todos ustedes una acusación por conspirar para apoderarse del poder fraudulentamente e intento de asesinato, declarado de modo explícito. No hay pena de muerte en el planeta, pero sí unos lugares muy frescos y sombreados, donde todos ustedes, tranquila y apaciblemente, tejerán alfombras marcianas durante un buen puñado de años.

Detrás del policía aparecieron varios hombres más, todos uniformados, empuñando sus pistolas. Kehlar movió la cabeza.

—Lástima, era un espectáculo que no se daba en Marte hacía muchos años. Espero que sea el último.

Sturdevant parecía helado, lo mismo que sus compinches. De repente, lanzó un grito y se lanzó sobre Laird:

—¡Dame esa pistola! ¡No son flores, maldita sea!

Sorprendido, Laird se volvió, en el momento en que su jefe alargaba la mano hacia la pistola. El arma se disparó inopinadamente.

Kehlar movió la cabeza al ver la nubecilla de humo en que se había convertido el terrestre:

—Él lo quiso — dijo a guisa de epitafio. Y añadió—: Capitán, cuando guste — invitó.

Minutos después, la pérgola quedaba libre de visitantes. Kehlar sonrió:

—Federico traerá ahora un par de botellas del mejor champaña terrestre. Tenemos que celebrar una cosa.

—¿El éxito de la operación? — preguntó Nancy.

—Mis amigos, no sé; yo voy a celebrar una petición de mano.

—¡Oh, no sabía que tuviera novia!—dijo ella, decepcionada.

—Pues ya lo sabes — contestó Kehlar. Miró a sus amigos—. Me caso con Nancy — anunció.

—¿Te acepta ella? — preguntó Eccai, sonriendo.

—Tengo la impresión de que no le disgustará — contestó Kehlar —. ¿Qué dices tú, Nancy?

—Creo que me va a gustar ser una marciana — respondió.

Kehlar le pasó un brazo sobre los hombros.

—Marcianos o terrestres, no importa—exclamó —. Todos procedemos de un tronco común.

Miró a sus compañeros.

Sonrió.

—Me parece que dentro de poco va a haber dos marcianas más — dijo.

Nancy asintió.

—Yo no lo dudo — respondió.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

Contra aquel extraño
poder no había
resistencia válida.
Salvaba todos los
obstáculos, aun los
más fuertes, era:

El ARMA SIN LÍMITES

Clark Carrados

BOLSILIBROS TORAY

OESTE

	ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
	RUTAS DEL OESTE	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SEIS TIROS	Publicación quincenal	10 PTAS.
	HURACÁN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SIOUX	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPUELA	Publicación quincenal	10 PTAS.

GUERRA

	HAZAÑAS BELICAS	Publicación quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

	CIENCIA FICCIÓN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.